



GRABADOS DE MARCIAL IBARRA, MEXICO.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE E. AGUIRRE, STA CLARA 16. MEX.

LLEGADA DE D. JESUS E. LUJAN A LA "REVISTA MODERNA."

Santiago Sierra



AGOSTO DE 1906.

REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

SANTIAGO SIERRA

Hojeando una colección de «El Domingo,» que hace más de treinta años editó en México el Barón Gostkowski, rodeado de la florida juventud romántica, busco la huella que entre esas páginas dejara un insigne literato, un gran poeta muerto en flor de juventud y de genio: Santiago Sierra.

* * *

Y me parece que penetro á un viejo jardín abandonado, oloroso á húmedo musgo y lleno de penumbras sombrías, donde perduran melancólicamente los fastos del glorioso ayer. Semiocultas entre las hojas que depositaron largos otoños, clarean al plenilunio las marmóreas redondeces de las estatuas derribadas. . . Mira en esa rotonda, bajo los cipreses, el banco de piedra desde donde un Decamerón azul y rosa veía morir el sol flayo y brotar en la noche los

astros de diamante. Contempla, peregrino, bajo el agua musgosa de esa fuente, un cuerpo humano sumergido que parece temblar. . . Es un tritón de piedra caído desde su plinto y que en vano sopla hace muchos años su silencioso caracol. . . Invade la yerba balaustradas y escalinatas, y allá en el fondo, en la fachada del pabellón, las vidrieras no guardan un solo cristal. . . Cuán triste el alcázar ciego, en medio del muerto jardín!

Entre el claro de una parietaria, sobre el muro, grabados en rústicos cipos, manuscritos sobre el fuste de un Término, leo fechas y nombres de muertos ilustres: 1871: Manuel M. Flores; Manuel de Olaguibel; Gustavo Baz. . . . Algunos me son desconocidos: Diego Bencomo; Justo Santa-Anna. . . . Próceres también del viejo jardín y del alcázar abandonado, que tuvieron un instante de gloria y una breve primavera de amor. Un día brillantes y sonoros,

nada dicen hoy al peregrino que los descifra. . . .

Sobre la corteza de una encina, hay un nombre grabado: Justo Sierra.

Con los años, ese nombre ha crecido, al par que el árbol glorioso. A veces, al nombre de los amadores se junta el de las amantes heroínas: Graziela, Lelia, Lácryma, Dea, Spírita.

* * *

Qué inefables amores aquellos, qué místicas adoraciones, qué azules y aromados inciensos los que exhalaban aquellos corazones ante el ara de la mujer divinizada! Un paroxismo de espiritualidad, un fervor de ideal transformaba el triste amor humano. Los ritos paganos, las liturgias medioevales, las pompas católicas ponían al servicio de aquella efusión milagrosa todos los prestigios del culto, todas las fórmulas de la adoración. Todo era para la Mujer. Para ella, los mirtos y las rosas, las más blancas palomas del sacrificio venusino; para ella, las serenatas trovadoras, las hazañas de los torneos y los heroísmos de las Cortes de Amor. Para ella, el aroma de las azucenas, la flama de los cirios y la armonía plañidera de los órganos eclesiásticos.

Todo para ella. Heridos por el desdén, víctimas de la inconstancia y del desvío, siguen los corazones exhalando su amor como un incienso azul:

«Perdona, niña, si en su delirio
Quiere una palma tu trovador:
Dale siquiera la del martirio,
Si es que le niegas la del amor.»

Esa generosidad, esa abnegación, ese desinterés, puede á nuestros ojos ser una ingenuidad. La concepción divina de la mujer puede parecernos anticientífica. La fisiología ha adelantado. El microscopio

nos ha dicho cuántas células tiene un cerebro femenino, y la psicología ha catalogado, bajo el nombre de emociones, en algo semejante á una caja de reactivos, todos los prodigios del heroísmo y del amor. . . . Hoy un corazón se desmonta como la maquinaria de un reloj.... Pobres de nosotros en todo caso, pobres de nosotros, que sentimos las mismas antiguas tempestades y no vemos ningún arco iris al final. Pobres de nuestros corazones, llenos de cicatrices de vitriolo, suntuosos y vacíos como urnas sin reliquias. . . . Miseros de nosotros, los náufragos de Cíteres, que bogamos entre los escollos de un mar lleno de cadáveres de sirenas; los viudos de las Fiestas Galantes, los anacoretas del Amor!

* * *

Y felices ellos, nuestros padres románticos, la tropa melancólica, pero dichosa, embarcada en negras góndolas sobre las lagunas doradas de un Carnaval de Venecia! Felices ellos, que á su paso dejaban una estela de flores, y que al cruzar los canales más sombríos, bajo los puentes más pesados, tenían siempre una antorcha en la mano y una serenata en los labios! Felices ellos, que con los rizos rubios de Cherubín y la coraza de Hernany, y el jubón cándido de los «innamorati,» y el ceño de Antony, y la sonrisa de Fortunio, fueron los protagonistas de ese falso, de ese mentiroso, de ese divino Carnaval! . . .

* * *

El Príncipe del alcázar, cuyo jardín he recorrido, héroe de ese cortejo que he evocado, fué el poeta Santiago Sierra. Más poderosamente que ninguno, reunía en su alma los caracteres del artista de su época; su obra lírica es un ejemplo y un cánón;

su figura literaria un arquetipo. Una inspiración fragante, florida, primaveral, es la atmósfera de su obra que sugiere reiteradamente una luminosa arcadia interna, un místico paisaje espiritual, en cuyo horizonte de amatista y de ámbar se difunde la lenta sonoridad de un ángelus. Sobre la paz de ese horizonte, en la tranquilidad de ese toque vespertino, con esa tonalidad y ese ritmo aparecen las emociones del poeta, sus entusiasmos, sus amores, sus tristezas, corporizándose en figuras que tienen la esbeltez evangélica de las mujeres de Burne Jones, sus mismas frentes abrumadas de pensamientos, sus mismos ojos hondos como el misterio y luminosos como la revelación. Esas mujeres no tienen una alma de mujer, tienen el alma misma del poeta que era firme, luminosa, diáfana como un maravilloso diamante, y así, á su belleza material, adunan esas criaturas un espíritu fascinador y divino, y aparecen en el paisaje ideal como la *theoria* de «la Escala de oro,» del pintor preraphaelita. Y pasan esas heroínas dejando un pésame en el alma. . . . Cómo no resentir una ansia desesperada ante esas criaturas que á la belleza suprema de la apariencia femenina, reúnen la belleza suprema del alma del poeta?

Uno de los caracteres en la obra de este poeta sereno, es la inmaterialidad. La intensidad de su espiritualismo es tal, que la plástica se esfuma, lo material pierde sus contornos entre una atmósfera etérea, los colores se tonalizan en el ambiente violeta de una tarde ó de un amanecer. La espiritualidad de Santiago Sierra, es su sello, su carácter, su esencia. Fué una lámpara en su mano, un venero milagroso dentro de su alma. Esas aguas vírgenes corren por su obra, esas claridades ennoblecieron su vida. Por ese sentimiento vió poco de la tierra y miraba al cielo sin cesar. Era un astrónomo ferviente. Como un perfec-

to hombre de ciencia, juzgaba la dinámica astral, y como un poeta intentaba leer destinos humanos, ó quizás para otra existencia buscaba la morada ideal en algún astro. Su alma era la torre de un astrólogo en medio de un jardín de poesía. En medio de los perfumes que se alzaban y de las claridades que descendían, puso en su alma lo más bello del universo visible, las flores de la tierra y los astros del cielo.....

*
**

Tengo frente á mí su retrato que está entre mis lares, una imagen radiosa de hermosura viril. No lo es ya y aún parece un adolescente. Es una cabeza de Antinoo, coronada por una cabellera florentina, rizada como por el cincel de Donatello. El orbe de su frente es sereno y vasto como una arquitectura. En sus ojos está su alma; intensos y serenos, tienen del cielo que tanto contemplaron, los misterios de abismo y la diamantina luz astral. Sus ojos, me decía una dama, en cuyo recuerdo melancólico despertaba un amor, sus ojos «parecían violetas.» Yo he visto esos ojos volver á abrirse, como extrañas flores en el rostro de una de sus hijas. Más pálidos que una violeta, más intensos que una amatista, con algo de la pervinca y del zafiro, son un enigma de cromatización. En el claroscuro del retrato, la boca del poeta se adivina carmínea, jugosa, florida; pero en su dibujo hay un dejo de tristeza y parece un cáliz que recelara una amargura.

Todo el rostro tiene una suprema nobleza. En él se reflejan las virtudes de una alma que vestida de arcángel cruzaba por las emboscadas de la tierra. Consuela de su temprana muerte el pensamiento de que se llevó incólume su ideal. Todas las flores de su jardín estaban en Primavera; todos los astros de su cielo resplandecían, y amado de los dioses, murió joven, sin vivir la vida agria y estéril que nosotros hemos vivido!

JOSÉ JUAN TABLADA.

Merveilles Célestes.

Au ciel de ton regard, o ma douce Farsule !
 Mon Esprit monte et voit les astres de ton cœur,
 J'y contemple ton âme, et sa lueur tranquille
 Est un lys dont je bois la divine liqueur

L'univers est bien grand d'immensité sainte,
 Aux hymnes des étoiles dont le céleste chant
 Tel qu'un parfum sacré s'étend en vol facile,
 Cherche dans l'infini le trône du Seigneur.

Sublime création ! Nature aux joies profondes !
 Sombre Océan qui mène à travers les espaces
 La vie mystérieuse des soleils et des mondes
 Qui laisse dans l'éther ses admirables traces !

Tu ne m'en sais rien peut-être : mais au sein de ton âme
 Deux fleurs s'épanouissent aux rayons de ton jour,
 Ses deux regards paisibles ne forment qu'une flamme
 Et ses tendres caresses ne forment qu'un amour.

Santiago Sierra

Mexico, Novembre 19/872



PRÓLOGO DE "INFORMES Y MANIFIESTOS"



José A. Castellón.

Por mandato del señor Ministro de Gobernación, D. Ramón Corral, y bajo su dirección y vigilancia, han sido recopilados los informes y los discursos que dirigieron los jefes de la nación, desde 1821, á los varios cuerpos parlamentarios que en ésta han funcionado, así como las respuestas dadas por los presidentes de dichas asambleas; y, como natural complemento, se reunieron también las proclamas y los manifiestos expedidos por los poderes legislativo y ejecutivo. En aquellos documentos, obedeciendo ca-

si siempre á preceptos de ley, se ha rendido cuenta de los asuntos gubernativos á los congresos; y en los otros se habló directamente al país, al ejército ó al pueblo de alguna parte del territorio mexicano, cuando se juzgó que así lo requerían las circunstancias del momento.

Muchas fueron las proclamas expedidas durante el tremendo período revolucionario de México, y todas de interés político ingente; pero sólo cabían aquí, según el pensamiento fundamental de la obra, las que constituyen información de los jefes del Estado ó de la representación nacional.

No se encuentran en la colección, por eso, ni los manifiestos que algunos eminentes ciudadanos publicaron antes ó después de su desempeño de la suprema magistratura de la República, ni los que dieron á luz en épocas críticas (en 1847, por ejemplo), grupos de diputados ó de senadores á quienes no les era concedido emitir pareceres en nombre del primero de los poderes de la Unión. Tampoco se han registrado los que tuvieron por

autores á esforzados y gloriosos caudillos en la cruenta guerra de Independencia, puesto que han debido ser únicamente informes de gobiernos constituidos y funcionando ya en plena autonomía mexicana, los coordinados como mensajes, proclamas ó manifiestos.

La muy grande importancia de esta colección, aunque evidente con sólo considerar el carácter de los informes y de los manifiestos, no puede bien medirse sino al advertir cómo han ido en tan valiosos documentos reflejándose fielmente las dos épocas en que la historia de México independiente se caracteriza: una, la de vida turbulenta que nuestra patria tuvo que sufrir, ora por sus fatales herencias, ora por su necesidad de crearse una organización política superior á la que legaron añejas ideas y arraigados intereses, ó bien por haberle sido forzoso probar su derecho y su merecimiento para la libre existencia, rechazando con épico heroísmo los ataques fraguados contra ésta, por extraños y aun por propios individuos; y otra, la de vida normal, en que la paz ha dado frutos ricos y abundantes. Quizá sería de comparar, la primera, á una gran perturbación patológica á que se halló sujeta la nación, como acontece á todos los organismos en dadas condiciones; y la segunda, al funcionamiento fisiológico en que, pasada la crisis (que fué en parte benéfica y salvadora), todo coopera felizmente para fortalecer y vigorizar.

El contraste es palpable, visto á través de los mensajes, de las proclamas y de los manifiestos coleccionados; y florece con lozanía, en el conjunto de estas piezas oficiales, una verdad muy hermosa para nosotros los mexicanos: la Patria ha progresado y progresa

firme y rápidamente en todos los órdenes de la actividad humana.

Porque la presente recopilación revela, que nuestro mejoramiento moral é intelectual se ha verificado también, y que no son los guarismos que por fortuna llenan los últimos informes, los signos solos de las conquistas pacíficas de la nación. Todas las prosperidades nos favorecen; gozamos de alto crédito; la paz y el orden se consolidan, mas ya, sin duda, por la razón que por la fuerza; se perfeccionan de continuo las funciones gubernativas, y llena todos los ámbitos del país el pleno ejercicio de una fuerte autoridad. Pero estos y otros bienes tan grandes, quizá ni presentidos en otros días, han legado al par que la creciente potencia de la solidaridad nacional despierta aún al anuncio de cualquiera de las graves calamidades que en ocasiones sufrimos; cesa aquel antagonismo entre el supremo gobierno nacional y los gobiernos de los Estados, que por largo tiempo fué causa de trascendentes males; desaparecen los obstrutores cacicazgos; muere el espíritu de sublevación, que tan vivo latía entre nosotros; las instituciones liberales por que tantos mexicanos murieron, no arman ya á defensores suyos ó á enemigos, sino, á las veces, con la pluma del escritor; y un criterio más amplio y racional, sobre todos los vitales problemas de México, se ha difundido en el alma joven del país, viniendo la nueva generación alimentada con doctrinas rectificadoras de las peligrosas ideas que consideraban de preferencia los derechos, olvidando los ineludibles deberes de los ciudadanos. Así, pues, nada de lo que constituyó la efímera é imperfecta labor de muchas de las administraciones de México, satisfaría hoy los

patrióticos anhelos, ni de los gobernantes ni de los gobernados. Ni el estilo mismo, acusador de los hombres y de los tiempos, empleado en algunos manifiestos ó mensajes, tornará á servir para que hablen á la nación sus mandatarios. La conciencia pública ha afinado su sensibilidad y acrecido su ilustración.

Pero no se retratan las épocas nada más en la colección, sino que los hombres que ejercieron el poder, dejaron signos personales en sus informes, en los cuales sus yerros y sus aciertos se determinan, sus faltas y sus virtudes se valorizan, y se estiman en justicia sistemas de gobierno y procedimientos de administración. La historia mexicana cuenta, pues, con nuevo contingente de documentación de mérito no escaso.

La obra podría haber sido adicionada con variedad de comentarios relativos á los hechos aludidos en los informes; pero el Sr. Corral ha querido, justamente, que fuera exenta de toda apreciación, para que ella no dejase de ser tan sólo acopio de material puesto á merced de quienes sean llamados á los estudios históricos.

En la recopilación no figuran algunos (muy pocos) de los documentos que para formarla se han buscado con empeño; pero, aparte de que probablemente nunca se efectuó su publicación, debe saberse que carecieron del interés que lograron otros: y es de notar que, antes de 1867, no han sido siquiera conservados los informes en los archivos parlamentarios, cuyos legajos fueron parcialmente destruidos, bajo la influencia de nuestras vicisitudes. Sin los periódicos que en bibliotecas públicas y privadas se encuentran, y sin la paciente y meritísima labor del Sr. Lic. D. José María Lafragua, que formó notables colecciones de documentos para la historia de México, la presente compilación habría padecido, quizá, no leves deficiencias, aun tras de una investigación dilatada.

Los tomos I y II comprenden los informes y los discursos de contestación respectivos; y en el III se hallan las proclamas y los manifiestos.

México, 1905.

JOSÉ A. CASTILLÓN.





A LOS ESTUDIANTES

(DE "LIRA LIBRE")

Para el Exmo. Sr. D. Miguel Covarrubias.

La estación más hermosa
de la varia existencia
es cuando en el aula prestigiosa
se apura en vasos de cristal la ciencia.

Adentro la palabra sabia y grave
que revela al doncel el universo.
En amor como ensayos de una ave
para atrapar el ósculo y el verso.

Al caer el crepúsculo, la reja
donde exhala la niña su reclamo,
y en medio de las sombras una queja
que dice en tono celestial: *te amo*.

Entonces cada pecho es una urna
llena de esencias puras y exquisitas;
y en la callada soledad nocturna
los pasos precavidos y las citas.

Dulce coloquio interrumpido pronto
por algún ruido que sonó indiscreto,
el viento á veces que bramó en el ponto
despedazando el diálogo secreto.

En el cielo sereno y transparente
la luna como una Celestina,
despertando en el pecho adolescente
una sensualidad casi divina.

Las horas gratamente divididas
entre el estudio y el amor risueño;
y las jóvenes almas recogidas
en los brazos sutiles del ensueño.

El maestro con labios elocuentes
rompiendo los secretos más profundos
ante las nuevas, sorprendidas gentes,
analizando el sol, pesando mundos.

En la fórmula, el número, el axioma,
de la virilidad en los excesos
creyendo hallar reclamos de paloma,
acentos femeniles, cantos, besos.

Y dueña ya de la verdad ganada
viendo la juventud, de hito en hito,
á la hembra en la tierra fecundada
y la fecundidad del infinito.

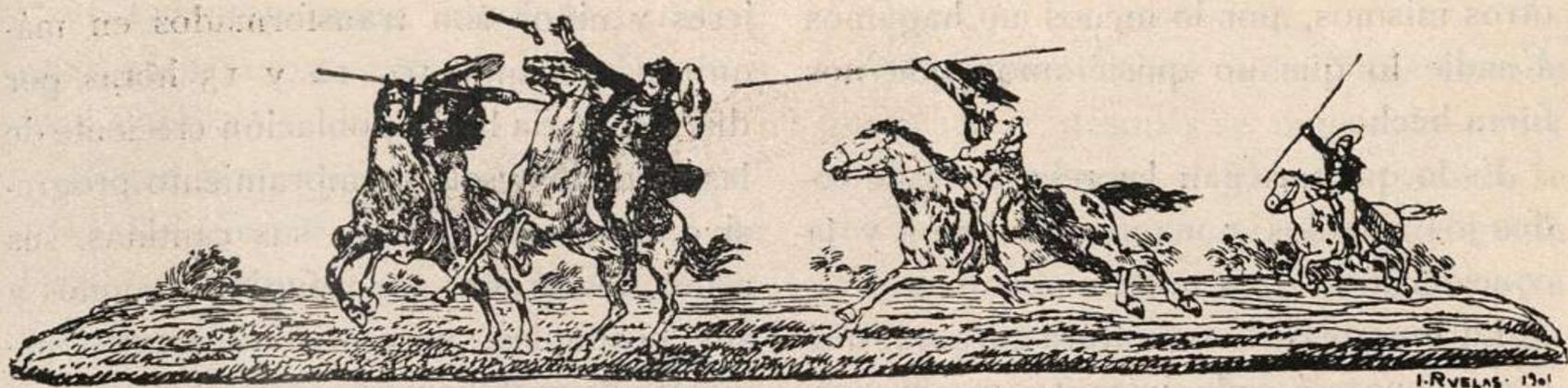
Se recorta el espíritu en diamante
que el sol enciende en vívidos colores;
y es la vida feliz del estudiante,
cosechar el saber, sembrar amores. . . .

La estación más hermosa
de la varia existencia
es cuando en el aula prestigiosa
se apura en vasos de cristal la ciencia.

Adentro la palabra sabia y grave
que revela al doncel el universo.
En amor como ensayos de una ave
para atrapar el ósculo y el verso.

JESÚS E. VALENZUELA.





MI TESTAMENTO

POR LEON TOLSTOI.

Tenemos el gusto de publicar las páginas nuevas, tan graves, tan elevadas y tan definitivas que el ilustre escritor ruso ha dirigido á la revista ilustrada francesa «Je sais tout,» de donde las traducimos directamente. «El patriarca ruso, dice la revista en cuestión, ha reunido en ellas los votos y los ensueños supremos de un pensamiento que domina nuestra época por su grandeza y su influencia.»

No podría contenerme ni contemporizar aún. Es inútil vacilar y reflexionar más sobre lo que tengo que decir. La vida no espera. Mi existencia declina ya, y á cada instante puedo desaparecer. Si me es dado aún prestar algunos servicios á los hombres, si puedo hacerme perdonar mis pecados, mi vida ociosa y material, no será sino haciendo saber á los hombres, mis hermanos, lo que me ha sido dado comprender más claramente que ellos, lo que

me tortura y me martiriza el corazón desde hace muchos años.

Todos los hombres saben, como yo, que nuestra vida no es lo que debería ser, y que nos hacemos mutuamente desgraciados.

Sabemos que para ser felices y hacer dichosos á los otros, es preciso amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos; si nos es imposible no hacer á nadie sino lo que quisiésemos que nos hiciesen á nos-

otros mismos, por lo menos no hagamos á nadie lo que no quisiéramos que nos fuera hecho.

Es lo que enseñan las religiones de todos los pueblos y mandan la razón y la conciencia de cada uno de nosotros.

La muerte de la envoltura corporal que nos amenaza á cada instante, nos recuerda el carácter efímero de nuestros actos; así, la única cosa que podemos hacer y que puede procurarnos la felicidad y la serenidad, es obedecer á cada instante á aquello que nos mandan nuestra razón y nuestra conciencia, si no creemos en la revelación ó en la enseñanza del Cristo.

En otras palabras: si no podemos hacer á nuestro prójimo lo que quisiéramos que nos fuera hecho, por lo menos no le hagamos lo que no deseamos para nosotros mismos.

Aunque todos conocemos desde hace mucho tiempo esta verdad, lejos de realizarla, los hombres matan, roban, violentan. Y así, en lugar de vivir en la alegría, la tranquilidad y el amor, sufren, penan y no sienten sino odio y miedo los unos por los otros. Por todas partes, por toda la superficie de la tierra, tratan los hombres de disimular su vida insensata, olvidarse de sí mismos, ahogar sus sufrimientos, sin poder lograrlo; el número de los desgraciados que pierden la razón y se suicidan, aumenta de año en año, porque es superior á sus fuerzas soportar una vida contraria á la naturaleza humana.

Pero, se dirá tal vez, es necesario que la vida sea así: necesaria la existencia de los emperadores, de los reyes, de los gobiernos, de los parlamentos que mandan á millones de soldados provistos de fusiles y de cañones, prestos á cada instante á arrojarse los unos sobre los otros; necesarias las fábricas y los establecimientos que producen objetos inútiles y perjudiciales, y donde millones de hombres, mu-

jes y niños son transformados en máquinas, penando 10, 12 y 15 horas por día; necesaria la despoblación creciente de las ciudades y el escombramiento progresivo de las mismas con sus cantinas, sus asilos nocturnos, sus refugios de niños y sus hospitales; necesario el emprisionamiento de centenares de miles de hombres.

Acaso sea necesario que la doctrina de Cristo, que enseña la concordia, el perdón de las ofensas, el amor al prójimo, al enemigo, sea inculcada á los hombres por sacerdotes de sectas numerosas en lucha continua, y bajo la forma de fábulas estúpidas é inmorales sobre la creación del mundo y del hombre, sobre su castigo y su redención por el Cristo, y sobre tal ó cual rito ó tal ó cual sacramento. Tal vez semejante estado de cosas sea natural al hombre, como es natural á las hormigas y á las abejas vivir en sus hormigueros y en sus colmenas en continua lucha y sin otro ideal. Así, en efecto, es como hablan muchos. . . .

Pero el corazón humano no quiere creerlo. Siempre se ha sublevado contra la vida mentirosa, y ha invitado siempre á los hombres á dejarse guiar por la razón y la conciencia; y en nuestros días hace tal llamamiento de una manera más urgente que nunca.

Demasiado sabemos que nuestra vida no abarca siglos, millares de años, una eternidad, y sin embargo, henos sobre la tierra viviendo, pensando, amando, gozando de la vida. . . .

Y ahora, podemos pasar estos setenta años —si acaso llegamos á tal edad, porque podemos no vivir sino algunos días, algunas horas— en el disgusto, en el odio ó en la alegría y el amor; podemos vivirlos con la conciencia de estar haciendo el mal, ó bien de realizar, aunque sea imperfectamente, lo que podamos creer que sea nuestro deber.

«Estad preparados, estad preparados, estad preparados,» lanzaba á los hombres Juan Bautista.

«Estad preparados,» decía Cristo.

«Estad preparados,» dice la voz de Dios, tanto como la voz de la conciencia y de la razón.

Pero, ante todo, detengámonos en medio de cada una de nuestras ocupaciones, de cada uno de nuestros placeres, y preguntémosnos: Hacemos lo que debemos, ó bien, gastamos inútilmente nuestra vida, esta vida que no es dado pasar, entre dos eternidades de Nada?

Bien sé que, por la oleada humana, como caballo que hace voltear una rueda, nos parece imposible detenernos para reflexionar un instante, diciéndonos los unos:

«No tantas reflexiones; actos.» Y afirmando los otros:

«No hay que pensar en sí mismos, en nuestros deseos, cuando la obra, á cuyo servicio nos encontramos es la de nuestra familia, del arte, de la ciencia, de la sociedad; todo por el interés general.»

Otros aseguran:

«Todo está pensado y experimentado desde hace mucho tiempo, y nadie ha encontrado nada mejor: sigamos, pues, nuestra vida y nada más.»

Otros, en fin, pretenden:

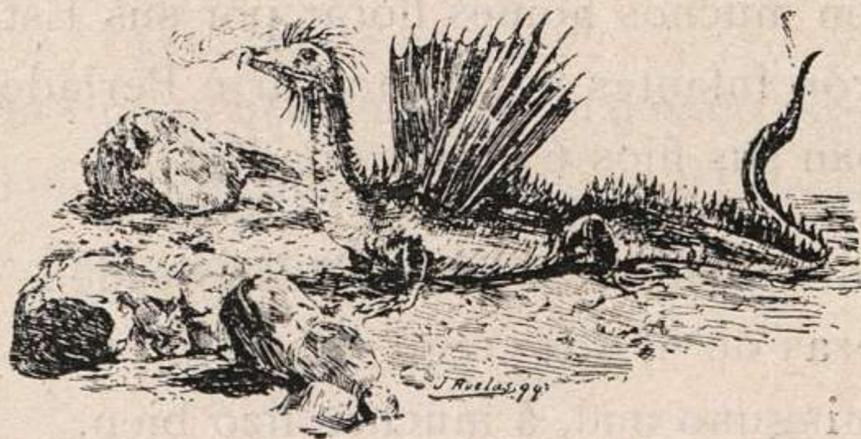
«Reflexionar ó no reflexionar, es todo uno; se vive, después se muere; lo mejor es, pues, vivir para el placer. Cuando se quiere reflexionar, se apercibe que la vida es peor que la muerte, y se atenta contra sus propios días. Así, basta de reflexiones; vivamos como podamos.»

No escuchéis esas voces; á todos aquellos razonamientos, responded simplemente:

«Detrás de mí veo la eternidad, durante la que yo no existía aún; delante de mí presiento la misma noche infinita en que la muerte puede á cada instante hundirme. Ahora vivo y puedo—yo sé que puedo,— cerrando voluntariamente los ojos, caer en una existencia llena de miserias; pero sé que abriéndolos para mirar á mi derredor, puedo escoger la mejor y la más hermosa. Así, digan lo que quieran las voces, sean cuales fueren las seducciones que me atraen, por sujeto que esté por la obra que he comenzado y arrastrado por la vida que me rodea, me detengo, examino y reflexiono.»

He allí lo que tenía que recordar á mis semejantes, antes de volver al infinito . . .

LEON TOLSTOI.





J. RVELAS 901

ANTONIO DE ZAYAS.

Del libro «Leyenda.»

SANTILLANA.

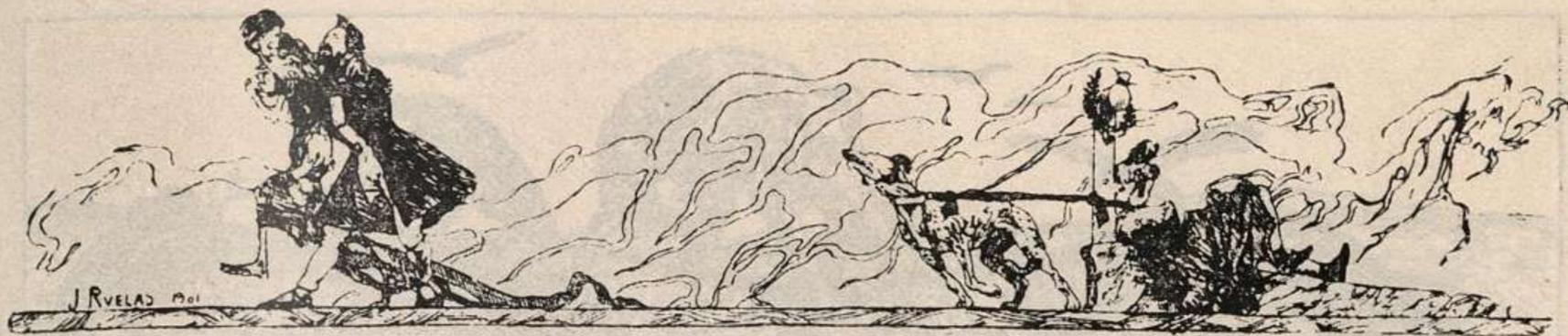
Fué Don Iñigo López Señor de Hita é Buitrago
 Home de buenas partes; non reía al halago
 Ni facer le placía en las hembras estrago
 Ni envidiaba al Maestre del Señor Santiago.

Fué esposo é padre blando, de Dios gran servidor,
 En batallas é justas fué mucho sabidor;
 De todos los vasallos de Castilla el mejor,
 Mendigos é pecheros trataba con amor.

Faciendo cosas buenas corría sus Lugares
 E daba en su Palacio buen plato á los juglares .
 E al modo de Petrarca componía cantares
 Acostado en la yerba del Real de Manzanares.

Cuando fueron los días de su vida acabados
 Se vieron muchos homes llorar por sus Estados
 E vinieron Infantes por le honrar é Perlados
 E rezaban sus fijos é fijas é criados.

Á nadie tomó juro ni miró con desdén,
 Ni cabezas de moros colgó de su borren;
 Fizo á ninguno mal, á muchos fizo bien.
 Por la Gracia de Dios descanse en paz. Amén.



TIRSO

El pintor del desnudo del alma femenina
De la Merced Calzada viste la blanca veste,
Y conoce la risa que ilustró el Arcipreste
Y las buenas razones que agotó Celestina.

Sagital la mirada, propicias las orejas,
Escucha desatarse las lenguas pecadoras
Y rencores de mozas y repulgos de viejas
Amenizan la calma monacal de sus horas.

De mujeres burladas la viril osadía,
Del dolor las lecciones, del placer la ironía
Aprende mientras pasa las cuentas del rosario;

Y con burlas benévolas su malévoló ingenio,
Entre lances de capa y espada, en el Próscenio
Publica las Memorias de su confesoñario.



LOPE

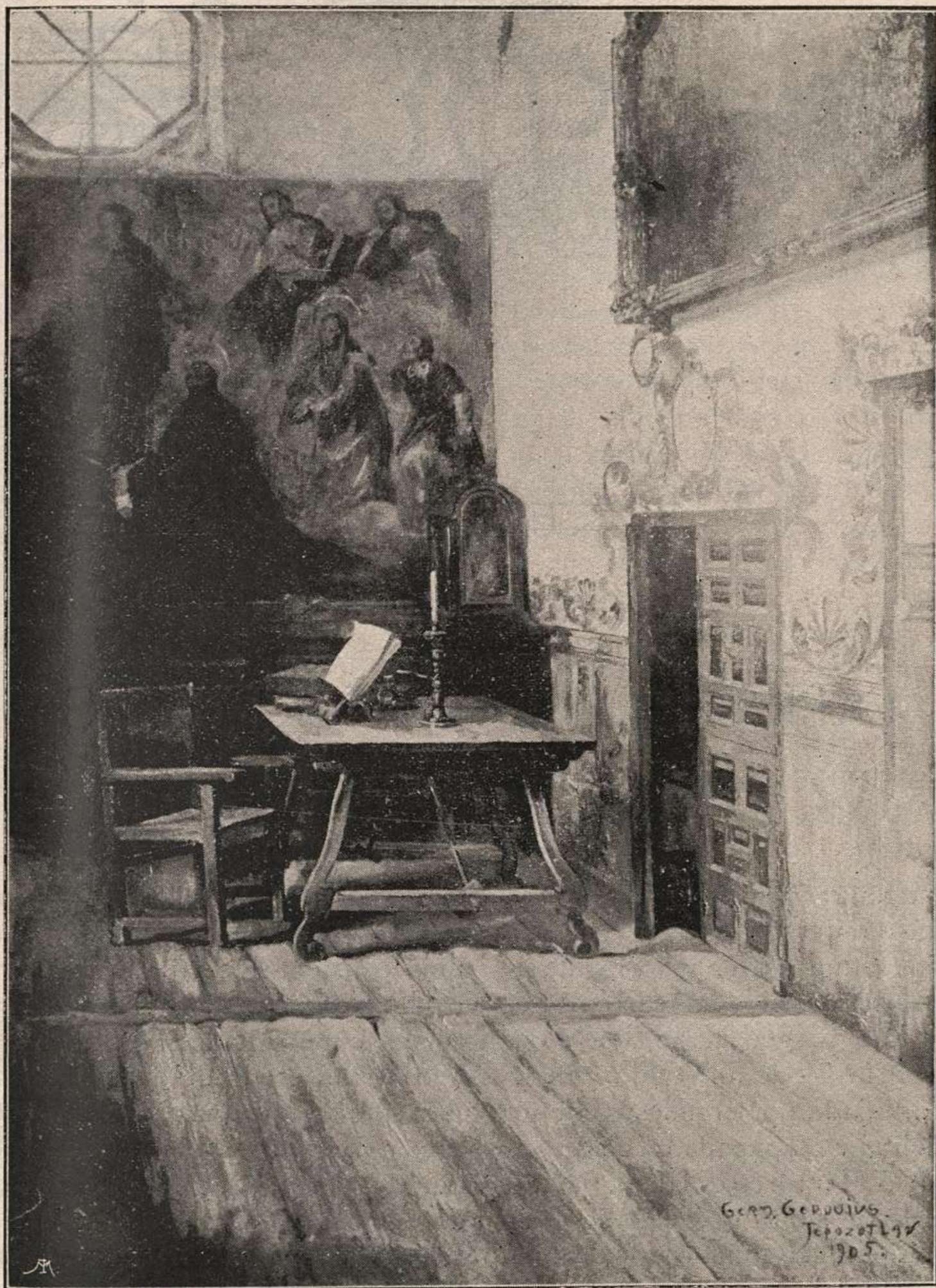
Este que veis con ropa talar, mosca y bigote
 Canos, perfil cortante, ojos vivos y al pecho
 La Cruz de Malta, al mundo vino cuando maltrecho
 Era el francés de lanzas castellanas al bote.

El crujir de pomposas faldas de camelote
 Señoril, por las calles de la Corte en acecho
 Le tuvo y á Maitines saltó de más de un lecho
 Muelle, como en la venta manchega Don Quijote.

Hoy en el Buen Retiro triunfa: le atestigua
 Amor Felipe, ensálzanle los de prosapia antigua
 Y van de la Pacheca al Corral, con su loba

El Sopón y el Soldado con su colete jalde,
 A aprender altiveces del campesino Alcalde
 Y la lección de amor que da la Dama Boba.

VALLE DE MÉXICO.



Sacristía del Convento de Tepotztlán. Óleo de G. Gedovius.



EXEGESIS

DE UN

CAPRICHOS AL OLEO, DE RUELAS

La extraña ribera de un fabuloso mar azúreo y esmaragdino, con circunflejos toques de luz y horizonte de monstruosas nubes, es el teatro de una escena que parece arrancada á las «Metamorfosis» de un Ovidio rabelesiano, dibujada por el maestro de los «Caprichos y empapada en color por Tiépolo ó Tintoreto. Un personaje principesco, suntuoso, caballero en blanco hipotauro unicornado, es bien venido por lírico centauro y cae en plena «Isla del Doctor Moreau,» en el riñón de la más rara «menagerie,» entre una asamblea de criaturas híbridas y mestizas, con testa humana y cuerpos bestiales, de una fauna real,

legendaria ó simplemente soñada. Una águila herida en pleno vuelo, muestra su alón mutilado y sangriento, junto á su potente remo caído en tierra, como un despojo; una verde ave trepadora, limitá su andar trabajoso al disco de una charola; sobre las ramas de añoso roble un semicabro, ávido y jocundo, aprieta contra su pecho un caudal tesaurizado; al pie del árbol una serpiente de azul gelatina y viscosa faz humana, devora saturninamente pomas de oro, y cerca del rampante ofidio, una figurilla delicada y luctuosa, como un exvoto de Tanagra en duelo, no sabe qué hacer de su tristeza en medio de aquella mas-

carada zoológica... En último término plañe un miope avestruz auleda, un distraído casoar tamborinea y pendiendo de una rama del árbol, estrangulada por eficaz zoga, contraída en rictus agónico, entrega su putrefacción á las brisas oceánicas, la espantable carroña de un sátiro, la vera efigie de maese Julio Ruelas....

Pues como Rembradt pintó el memorable cuadro del «Gremio de traperos,» y Holbein los retratos ilustres del «Rey en la orgía,» así, en grotesca deformación, creyó nuestro artista deber perpetuar las efigies de un grupo de sus compañeros de pugnas artísticas y de entusiasmos jóvenes y ya remotos. Así se ve en el cuadro, grotesco y magistral, el núcleo de literatos y pintores que hace más de un lustro fundaron la «Revista Moderna,» iniciada por Bernardo Couto Castillo, realmente fundada y bravamente sostenida por Jesús E. Valenzuela; y vigorizada y salvada de probable muerte por la noble y generosa intervención de D. Jesús E. Luján.

Así el lienzo, en cierta manera votivo, conmemora ese advenimiento. Por eso el membrudo Quirón, el lírico centauro presenta, con ademán brioso, á la fauna fraternal, con el habitante de aquella Isla de oro del archipiélago ideal....

Bajo su máscara de obsidiana, arde el cerebro de Ruelas, como una lámpara de Aladino, revelando con su fulgor los más hondos tesoros de los subterráneos de la idea. Bajo su máscara grave y emaciada como la testa momificada de un emperador Inca, proyecta la Vida una Visión rara y única, como el sueño de opio de una siniestra pipa. Puede el artista parecer realista á un observador superficial; pero, en verdad, Ruelas no ha

tenido mayor enemigo que la misma Realidad. Su genial afán de crear se estimula con el tónico amargo de la Vulgaridad. Odia lo ya hecho, odia el clisé, odia el *poncif*, y por justa reacción contra la *platitudo* ambiente, saca de sus hipogeos cerebrales esas creaciones fabulosas, hijas del Miedo, del Caos y de la Muerte, criaturas del fondo del mar y de los «sacos de carbón,» abismados entre los ríos de ópalo de la esplendorosa vía-láctea. Su obra es «tragedia,» en la inicial y pura significación del vocablo «canto de sátiro,» oda robusta y bestial, salvaje himno panteísta, sólo que peculiarmente esterilizado y á propósito sutil, porque Ruelas, exquisito y aristócrata en arte hasta la anarquía, no puede soplar en la syringa donde mil bocas soplaron. Por eso adora á la Mujer y es misogino, y él, príncipe de Ideal, oficia con ritos de la más carnal alquimia y cánones de fetichismo y de pecadora látria. Desciende de Orcagna, Goya es de sus antepasados, es su amigo Böecklin; pero, á pesar de todo, bajo la máscara de obsidiana de su rostro austero y fino, animando su emaciada testa de emperador Inca, alienta un espíritu fuerte y adamantino, digno de corporizarse en un ágil y luminoso arcángel de Sandro Boticelli....

* * *

Un pintor al *coldcream* ó á la velutina hubiera ataviado al lírico tropel de artistas y pintores con todos los accesorios de una banal guardarropía de teatro; hubiera prendido románticos brocados, y colgado laudes sentimentales, y pintado un claro de luna, y la camelia de Traviata, y el cuervo

de Jorge Isaacs. Y hubiera pintado un clisé más Ruelas, desde su arrecife solitario, desde el islote sombrío de su reino interior, era otra visión la que veía

Por eso Valenzuela, es un membrudo centauro; Urueta, un ofidio gelatinoso y azul; el pintor Izaguirre, un egipán avaro; Dávalos y Rebolledo, dos casoares sonoros; y dos notas de velada elegía, dicen, el fin lamentable y prematuro de Bernardo Couto, el "conteur" genial, y de Chucho Contreras el escultor. Por eso cuelga al autor del cuadro exvoto y conmemorativo, ejecutado por sino adverso, expiando el crimen de haber tenido genio en la isla fecunda al Trigo y estéril al Laurel

Mañana, el pequeño lienzo caprichoso y panteísta, será célebre; se-

rá célebre, cuando cansada de tener ferrocarriles, fábricas y casas empa-cadoras, quiera la Patria tener Inte-lectualidad. Mañana, cuando la cultu-ra sea un estado de alma común, han de verse con interés esos rostros de ar-tistas y pintores que, en un tiempo hostil é ingrato, no olvidaron que la Belleza tenía altares.

Y mañana todavía se verá con in-terés, entre ese carnaval zoológico, entre esa fauna teratológica, al ani-mal más raro; al monstruo más extra-ño; al rico *home* que da su riqueza á una empresa intelectual; al entusiasta generoso que, en vez de ser punto de bacarat ó *chauffeur* de malos automó-viles, dora con su oro una ilusión.

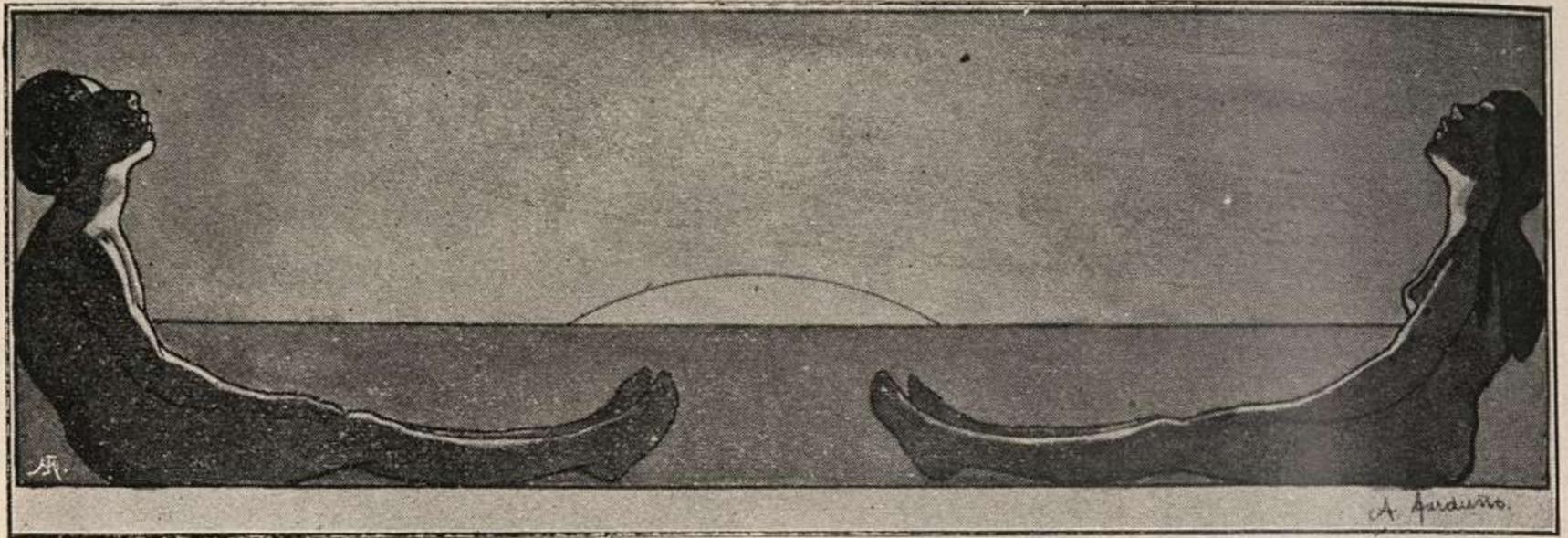
Tal monstruo, tal *rara avis*, el Me-cenas, fué en este caso Don Jesús Lu-jan

JOSÉ JUAN TABLADA.





Niña Dolores Cordero.



ENSUEÑOS

“LIBRO DEL ALMA”

«I suoi pensieri in lui dormir non ponno.»

TASSO. Ger. Lib. C. X.

Heme aquí á solas junto al mar sombrío;
Huye entre nubes de carmín la tarde,
Y en el volcán del pensamiento mío,
La hirviente lava de mis sueños arde.

Arde la juventud, que sus fulgores
Sobre mis sienes con amor derrama,
Como derrama el sol entre las flores
Vida y contento en bienhechora llama.

La juventud, el Alba de la vida,
Mi ser envuelve en recamado manto,
Y besa á mi alma que de gozo henchida
Preludia estrofas de inspirado canto.

El himno del amor, cual cóndor regio
Que cuelga el nido en la glacial montaña,

Lanza á los aires su primer arpegio
Y en olas de zafir sus notas baña.

En olas de zafir, en almo cielo
Que en ojos de ángel su esplendor imprime
Prestando sombra al misterioso velo
Que oculta acaso al porvenir sublime.....

Siento latir mi corazón ufano,
Siento que mi alma se transforma en lira....
Ábrete ya, capullo soberano,
Y con tus sueños de ilusión delira!

Delira con la mar, con las estrellas
Que te contemplan riendo en lontananza,
Delira del terral con las querellas,
Delira con tu amor y tu esperanza.

¡Delira, sí!..... cerniéndote en los mares
De la existencia que te lleva inquieta,
Que al resonar tus férvidos cantares
Suspenso el mundo escuchará al poeta.

Quiero trepar á la soberbia cumbre
Donde á mis pies el universo mire,
Donde hasta el sol de la infinita lumbre
La inmensa luz de mi cantar aspire.

Donde el demonio tentador no llegue,
Donde al destino trémulo domine,
Y que la Gloria sus laureles riegue
Y ante mis plantas su cerviz incline.

Y siga el mundo en su fatal carrera,
Gozando siga en saturnal impía;
En él no más el sensualismo impera;
El es la noche!.... y mi ambición el día.

Yo no quiero gozar de sus delicias;
Yo no quiero gozar en su contento;
Otras son y más dulces las caricias
Que brinda la visión del pensamiento.

¡Mirar el Porvenir! y del Presente
Sacudiendo la carga fastidiosa,
Sentir posarse en mi abrasada frente
La imagen de mi amor esplendorosa!

¡Sentir, al arrebató de mi vuelo
Para cruzar el cielo del futuro,
Abrirse mi alma á la visión del cielo
Gozando en ella con deliquio puro!

¿Qué vale el mundo y su festín mezquino
De llanto y risa engañoso balance,
Si sólo busca errante el peregrino
Una mansión á do el dolor no alcance?

Libe en buena hora del placer la copa;
Á la embriaguez de la maldad sucumba,
Y empape en lodo la sangrienta ropa
Y huya aterrado al divisar la tumba.

Ruede aislado al través del firmamento,
Perdido luminar del infinito,
Átomo vil á la merced del viento,
De la región de la Verdad proscrito.

Yo no quiero seguirle, y prosternado
En mi interior, me elevaré radioso,
Formidable titán que en lo ignorado
Escalará los cielos venturoso.

¿Sabéis qué anhelo yo? Sabéis acaso
Cuánto en mi canto vibrador se encierra?
¿Sabéis qué busca el ave que de paso
Cruza mirando con desdén la tierra?

¿Sabéis por qué la máscara yo arrojé
Y marché hacia adelante, de fe lleno,
Águila audaz de incontrastable antojo
que mece el huracán y arrulla el trueno?

Preguntadlo á la hora misteriosa
Que señala el reloj de mi existencia,
Y á la estrella de paz que fulgurosa
Ilumina el altar de mi conciencia.

Preguntad y os dirán que el loco empeño
Que mi alma agita en celestial esfera,
Es arrancar al mundo de mi sueño
El negro velo que el creador le diera.

Es buscar en la luz ó en la tiniebla
La clave de esta vida transitoria,
Esa visión que mis insomnios puebla
Con ilusiones de ventura y gloria.

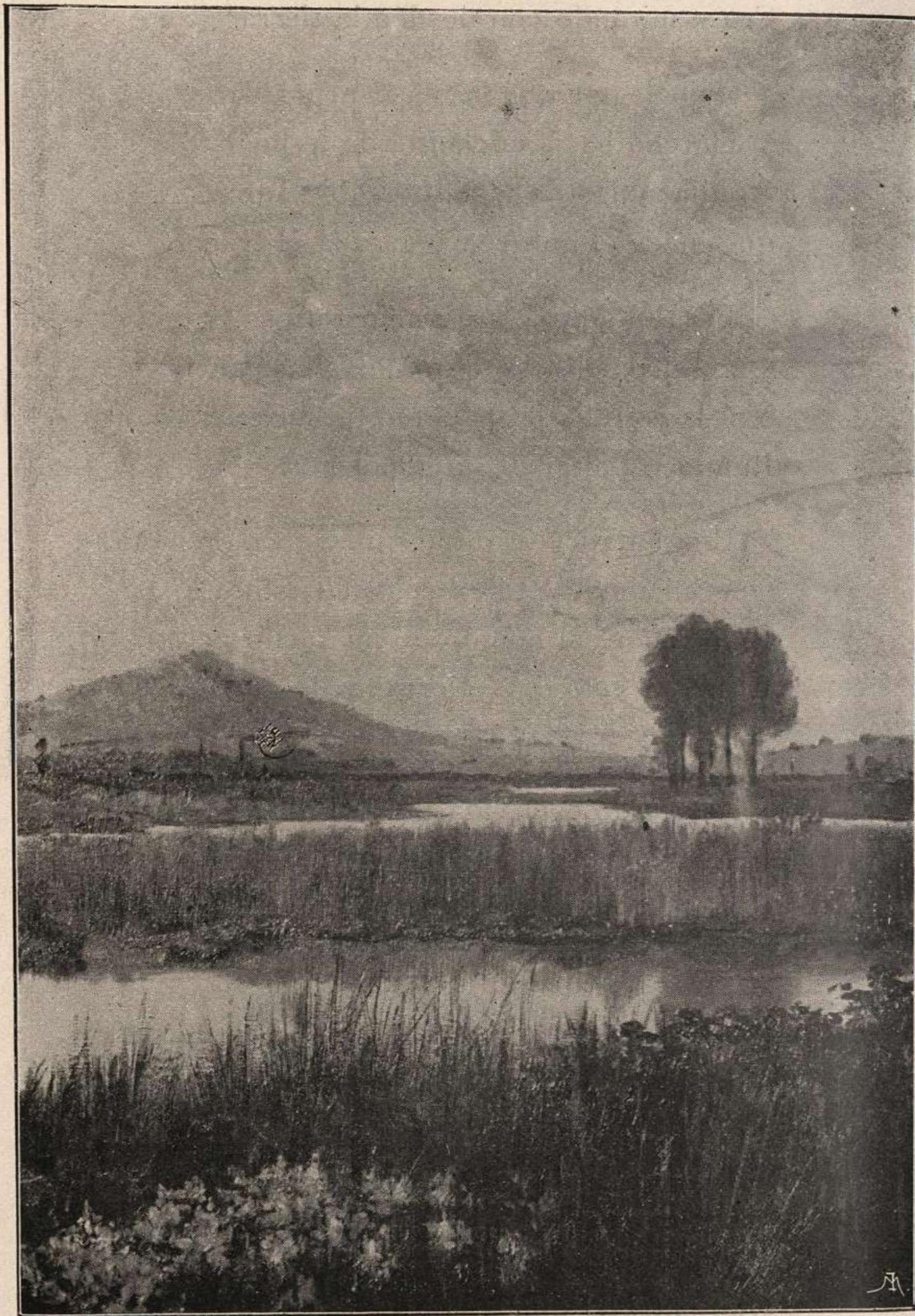
¡Si soy pequeño, me alzaré coloso!
¡Si desdichado aterraré á la suerte!
Y hollando el Porvenir esplendoroso,
Veré altanero y sin temor la muerte!

Mientras vagando por la playa á solas
Doy á mis cantos el postrer acento,
Que entre el murmullo de las blancas olas
Lejos se lleva suspirando el viento.

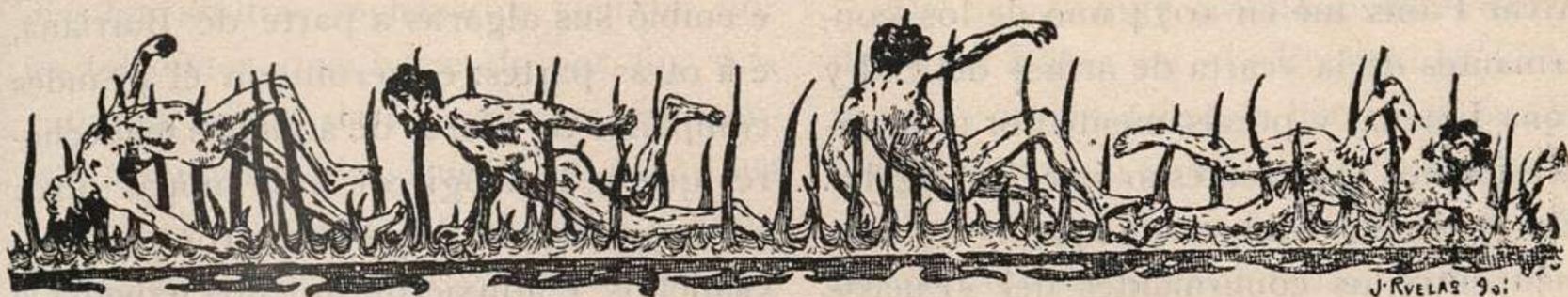
SANTIAGO SIERRA.

Veracruz, Noviembre 9 de 1868.

VALLE DE MÉXICO.



Tlahuac. Óleo de G. Gedovius.



ALVAR FÁÑEZ MINAYA

Honramos estas columnas reproduciendo la parte que en el capítulo primero del nuevo tomo de la «Antología,» dedica Menéndez y Pelayo á la figura de Alvar Fáñez Minaya. Con adivinación certera, el insigne crítico ha supuesto la existencia de gestas perdidas, cuyas huellas pueden ser apreciadas en las crónicas. Suprimimos al trascribir estas interesantes páginas, el nutrido bagaje de textos y lecturas en que apoya Menéndez Pelayo sus afirmaciones, seguros de que la falta de citas no ha de quitarles fuerza.

Entre los personajes épicos que compartieron la celebridad del Campeador y son inseparables de su gloria, ninguno alcanza la talla de su sobrino Alvar Fáñez Minaya, que ya en tiempo del emperador Alfonso VII era puesto por algunos en cotejo con el mismo Cid, de quien se decía que modestamente había confesado la superioridad de este su compañero de armas y primer lugarteniente. La opinión general, expresada por el autor del poema latino de la conquista de Almería (con ocasión de hablar de un Alvar Rodríguez, nieto de Alvar Fáñez) le concedía resueltamente el segundo lugar; pero

dejando entrever que no le había faltado mucho para merecer el primero, como domador de las gentes ismaelíticas, expugrador de las más fuertes plazas y torres, la mejor lanza que brilló á los rayos del sol; tal, en suma, que, de haber vivido en tiempo de Roncesvalles, hubiera salvado de la rota y de la muerte á Roldán, á Oliveros y á todos los paladines francos.

La historia real y positiva de este valeroso caballero, aunque conocida de un modo imperfecto por los documentos diplomáticos y por las crónicas, sin que haya ninguna que ofrezca relación seguida de sus hechos, justifica su popularidad, que no nació, como otras veces, de un injustificado capricho de los juglares, sino de grandes y heroicas hazañas, coronadas por una muerte trágica. La poesía popular, por lo menos la que ha llegado á nosotros, identificó demasiado su existencia con la del Cid: la historia le presenta obrando con mucha más independencia y en distintos campos; pero es singular que en la primera fecha conocida de su vida aparezca ya asociado á uno de los actos más importantes de la juventud de Rodrigo.

Alvar Fáñez fué en 1074 uno de los confirmantes de la «carta de arras» del Cid y doña Jimena, y precisamente por esta carta sabemos el parentesco que los ligaba. En 17 de Noviembre de 1076, figura también entre los confirmantes del «Fuero» de Sepúlveda, y en 1085, después de la conquista de Toledo, Alfonso VI le envía como embajador al rey Almotamid de Sevilla. Cuando el destronado rey de Toledo Alcadir, apoyado por los castellanos, se apoderó del reino de Valencia, Alvar Fáñez mandaba la hueste cristiana, que hizo abrir, con el terror de su nombre, las puertas de la ciudad y se acantonó en Ruzafa, donde recibía diariamente seiscientos maravedís («dinaris») de acostamiento, para satisfacer los cuales, hubo de imponer Alcadir á sus nuevos súbditos un gran pecho ó tributo sobre la cebada, que le hizo odioso á ricos y pobres, á grandes y pequeños. Así y todo, fué imposible pagar puntualmente á Alvar Fáñez; y como al mismo tiempo se revelase contra el de Valencia el gobernador de Xátiva, Aben Mansur (el «Abemacor» de la «Crónica general»), poniéndose bajo la protección de Mondhir, príncipe de Lérida, Denia y Tórtosa, que había tomado á sueldo una tropa catalana, mandada por Gerardo Alaman, barón de Cervellón, no encontró Alcadir más medio de retener al campeón castellano, que darle «muy buenas heredades en que visquiesse.» «E quando vieron los Moros que tal poder avia don Alvar Fáñez, yvanse para él quantos garzones é quantos malfechores havia en la villa. E tornose Valencia como en poder de Christianos: de guisa que fueron todos desesperados de mejorar en su hacienda é pugnaban de irse de la villa quanto podien: e non preciaban las heredades nada, ca non estava ninguno seguro de su aver, nin de su cuerpo. Entonces fizo Alvar Fáñez una cavalgada á la tierra de Abenhuc

e embió sus algaras a parte de Burriana, e á otras partes: e fueron con él grandes compañías de moros de aquellos malfechores que se le acogieron e de moros otros «almogavares,» e quebrantaron villas e castiellos: e aduxieron muchos ganados e vacas, é ovejas, e yeguas, é mucha ropa, e otras cosas de aquellos logares que quebrantaban: e vendiéronlo todo en Valencia.»

Así refiere la «Crónica general» (trasunto en esta parte de un texto árabe, como demostró Dozy) las correrías de los «daguáyr» ó partidarios que seguían en el reino de Valencia la bandera de Alvar Fáñez, feroces mercenarios sin duda, gente allegadiza, renegada y salteadora, ni cristianos ni musulmanes.

De tales empresas, más lucrativas que honrosas, vino á sacar á Alvar Fáñez la terrible invasión de los almorávides, que le llevó á más nobles, aunque no siempre afortunados, campos de batalla. Cuando Yúsuf ben Texufin, enseñoreado ya de las tierras andaluzas, llegó á Badajoz en su carrera triunfal, Alfonso VI «envió por Alvar Fáñez á Valencia,» según dice la «General,» y le tuvo á su lado en la sangrienta «arrancada» ó rota de Zalaca en 23 de Octubre de 1086. El desastre de los cristianos fué espantoso, pero el rey Don Alfonso «mantobo la batalla fasta la noche ca tan recio lidiaba e tan de corazon, que moro ninguno non se le osava parar delante.» Con mala fortuna también, pero sin quiebra de su valor, lidió Alvar Fáñez contra los almorávides en Almodóvar del Río en 1092, y en 1099 cerca de Cuenca.

En la grande invasión de Ali ben Yúsuf (1110), Alvar Fáñez se cubrió de gloria defendiendo á Toledo contra un ejército de cien mil hombres, que embistieron por Alcántara y San Servando, con formidable aparato de máquinas de guerra. Un mes duró el sitio, según el «Cartás;» ocho

días los asaltos, rechazados siempre por los toledanos, que, haciendo por fin, una vigorosa salida, derrotaron completamente á los almoravides, quemando todas sus máquinas é ingenios. Ali levantó el sitio, y después de una breve campaña, en que se apoderó de Talavera y Madrid, pero fué rechazado de Guadalajara, abandonó definitivamente Castilla la Nueva, retirándose á Córdoba y embarcándose poco después para Ceuta.

Alvar Fáñez, más poderoso cada vez, tanto que un autor árabe le apellida «rey de los cristianos,» continuó su carrera de triunfos, apoderándose de Cuenca en 1111. Y aunque en la nueva invasión almoravide de 1113, dirigida por Mazdalí, fué desbaratado en una sorpresa nocturna, con pérdida de seiscientos caballeros, no por eso lograron los musulimes penetrar en Toledo, aun después de la muerte de su heroico gobernador, acaecida en 1114, y, desgraciadamente, no á manos de infieles, sino de cristianos. Sobre el modo y circunstancias de esta muerte, hay gran obscuridad y divergencia en los autores. Dicen los «Anales Toledanos Primeros,» que en la era 1152, los de Segovia, después de la Octava de Pascua mayor, mataron á Alvar Fáñez. Pero un cronista árabe, citado por Dozy, supone que murió en la guerra entre castellanos y aragoneses, defendiendo los derechos de Alfonso VII, contra su padrastro el Batallador.

Tal nos aparece, aunque imperfectamente conocido, el Alvar Fáñez histórico, que fué, en concepto de Dozy, el mayor capitán español durante el reinado el Alfonso VI y la minoridad de su nieto Alfonso VII. Ningún otro se encuentra mencionado con tanta frecuencia en las historias árabes, cuyos autores, al registrar su muerte, condenan su alma á las llamas eternas, mostrando en el mismo furor de sus imprecaciones el terror que les causaba.

Aun siendo muy grande la intervención de Alvar Fáñez en el «Poema del Cid,» y en las crónicas de este héroe, no resulta proporcionada á su importancia histórica, ni al rastro que, como veremos, ha dejado en las tradiciones no cantadas. Indudablemente el «strenuus dux Christianorum» de la Crónica de Alfonso VII, el «príncipe de los Cristianos,» según frase del autor del «Cartás,» fué sacrificado en demasía por los juglares á la gloria del Campeador, haciéndole entrar en la órbita de su acción guerrera, acaso con poco fundamento, puesto que Alvar Fáñez tuvo la suya propia en campos muy diversos: fué el héroe popular de Castilla la Nueva, el conquistador de Cuenca, el grande adalid de la Alcarria, el defensor indomable de Toledo; y aun en el reino de Valencia, de cuyos destinos se hizo árbitro por algún tiempo, penetró años antes que el Cid. Un fenómeno de atracción, muchas veces observado en la poesía épica, hizo entrar el raudal menor en el mayor, borró lo que era propio y peculiar del héroe menos favorecido por la voz de las musas, y convirtió á Alvar Fáñez, aunque la historia no lo dijese, en el «diestro brazo» y la «fardida lanza» del Cid. Brilla, pues, en el «Poema,» con luz más reflejada que propia, pero todavía es el primero en la hueste del Cid, el primero por el esfuerzo de su brazo y por la prudencia de su consejo. Desde las primeras líneas del «Poema» se encuentra su nombre:

¡Albricia. Albarfañez, ca echados somos de tierra!

El es quien exhorta y consuela al Cid en los desfallecimientos de que no está libre la naturaleza más heroica. Oigámosle en la sublime despedida de Cardaña, que inevitablemente recuerda la de Héctor y Andrómaca:

La oración fecha, la misa acabada la an,
 Salieron de la eglesia, ya quieren cavalgar,
 El Çid á doña Ximena yva la abraçar,
 Doña Ximena al Çid la mano'l va besar,
 Lorando de los oios, que non sabe que se far.
 E a las niñas tornó las acatar:
 «A Dios vos acomiendo, fijas et á la mujier el al padre spirital.
 Agora nos partimos Dios sabe el aiuntar.»
 Lorando de los oios, que non atal.
 Asis parten vnos dottros commo la uña de la carne.
 Myo Çid con los sos vasallos pensó de cavalgar,
 A todos esperando la cabeça tornando va.
 A tan grand sabor fabló Minaya Albarfanez:
 «Çid, do son vuestros esfuerços? en buen hora nasquiestes de madre;
 Aun todos estos duelos en gozo se tornarán,
 Dios que nos dió las almas, conseio nos dará.»

Su generoso desinterés iguala á su bondad. Después de la victoria sobre los moros de Castejón, renuncia en favor del rey el quinto del botín, que le ofrece el Campeador:

Saliolos reçebir con esta su mesnada,
 Los braços abiertos reçibe a Minaya:
 «Venides, Albarfanez, una fardida lanza!

 Dovos la quinta, si la quisierades Minaya.»
 —«Mucho vos lo gradesco, Campeador contado,
 Daquesta quinta parte que me avedes mandado,
 Pagarse ia della Alfonso el Castellano. . . .
 A Dios lo prometo, a aquel que está en alto,
 Falta que yo me pague sobre mio buen cavallo
 Lidiando con moros en el campo,
 Que enpleye la lança e al espada meta mano,
 E por el cobdo ayuso la sangre destelando,
 Ante Ruy Diaz el lidiador contado,
 Non prendré de vos quanto vale un dinero malo.»

Cuando el Cid, cercado en Alcocer por gran muchedumbre de moros que quieren rendirle por hambre y sed, convoca á sus capitanes para deliberar si conviene romper el cerco arrancando contra el enemigo, la voz de Minaya es la primera y la única que suena en el consejo, y el Cid se conforma con su brioso parecer:

Primero fabló Minaya, un cavallero de prestar:
 «De Castiella la gentil exidos somos acá,
 Si con moros non lidiaremos no nos daran del pan.
 Bien somos nos seycientos, algunos ay de mas,
 En el nombre del Criador, que non pase por ál:
 Vayamos los ferir en aquel día de cras.»
 Dixo el Campeador: «a mi guisa fablastes.»

Trábase la lid, y son de Alvar Fáñez los mejores golpes, salvo, por supuesto, los que descarga Rodrigo, el «bien bar-

bado,» el de la «cofia fronzida» y el «almo-
 far acuestas:»

A Minaya Albarfanez bien l'anda el cavallo,
 Daquestos moros mató treinta e quatro:
 Espada taiador, sangriento trae el braço,
 Por el cobdo ayuso la sangre destellando.

Como el autor del «Poema» no se distingue sólo por la fuerza, sino por cierta delicadeza viril y profundamente humana, que es un prodigio en tiempos tan ásperos, comunica esta misma cualidad á sus héroes, y muy especialmente á Alvar Fáñez y á Félez Muñoz. Este aparece más candoroso y tierno en el encuentro del Ro-

bledal de Corpes, hasta «partírsele las telas de dentro del corazón.» Alvar Fáñez es más severo y duro, como cuadra á la mayor intensidad de su carácter épico; pero ¡qué rasgos de noble y respetuosa cortesania en sus relaciones con doña Ximena y sus hijas, á quienes acompaña desde Cardaña á Valencia!

Minaya a doña Ximena e a sus fixas que ha,
 E a las otras dueñas que las sirven delant,
 El bueno de Minaya pensolas de adobar
 De los meiores guarnimientos que Burgos pudo fallar.
 Palafrés e mulas que non parescan mal.

El heroísmo de la amistad, el culto de los afectos domésticos, la inagotable generosidad de su alma, llevan á Alvar Fáñez hasta el punto de ocultar al Cid la cobardía de sus yernos en la lid contra el

rey Búcar, para no atribular el alma de su amigo y caudillo con tan tristes nuevas: es más, les atribuye hazañas imaginarias:

E vuestros yernos aquí son ensayados,
 Fartos de lidiar con moros en el campo.

Sería preciso transcribir la mayor parte del «Poema,» si hubiésemos de dar razón de todos los pasajes en que figura Alvar Fáñez, que es, no el Aquiles, pero sí el Diomedes de la Iliada Castellana. Pero con ser tan importante este papel, ¿no hemos de creer que Alvar Fáñez fué, además, héroe de cantares épicos independientes de los del Cid? Resueltamente creo que tuvo su ciclo aparte, y que todavía quedan algunos vestigios de él. La «Crónica general» nos refiere con pormenores épicos, que indican la presencia de un cantar de gesta, cómo Alvar Fáñez fué enviado por el rey D. Sancho II de Castilla á desafiar en Santarem á su hermano D. García, rey de Galicia, y cómo se alabó en burlas de haber jugado las armas y el caballo, y cómo libró luego al rey de manos de seis caballeros de D. García que se habían apoderado de su persona. Esta hazaña se atribuyó después al Cid, y en la «General» se apuntan ambas versiones, lo cual prueba que desde el principio hubo confusión entre las aventuras de ambos caballeros, acabando la leyenda del Cid por absorber á la de Alvar Fáñez. Extractaremos este curioso relato, en que muy pocos han fijado la atención hasta ahora:

«El rey don Sancho allegó entonces muy gran hueste de Castellanos e de Leoneses, e de Asturianos e de Navarros, e de Vizcainos, e de Extremadanos, e ovo muchos caballeros Aragoneses para yr sobre su hermano el rey don García: de sí llamó á Albar Fáñez un cavallero muy bueno, que era sobrino del Cid Ruiz Diaz, e dixol assi: yd e dezid a mi hermano el rey don García, que me dé toda Galizia, sinon que lo embio a desafiar. E Albar Fáñez, como quier que le pesase por él yr con tales nuevas, ovo de fazer mandamiento de su señor. E pues que fué antel rey don García, dixol: «el rey

don Sancho vuestro hermano vos embia dezir que le dedes toda Galizia, e sinon que vos embia desafiar.» Quando esto oyó el rey don Garcia, pesol mucho de coracon, é fué muy cuitado por ello dixo: «Señor Iesu Christo, miémbresete el preyto e la jura que fezimos al rey don Fernando nuestro padre, que quien pasase su mandamiento nin fuesse contra su hermano, que fuesse traidor por ello, e que oviesse la ira de Dios e la suya: e malos mis pecados yo soy el primero que lo passé e tollí á mi hermana su heredamiento.» Desi llamó á Albar Fáñez e dixol: «yd e dezid á mi hermano don Sancho que le ruego yo como hermano que non quiera passar el mandamiento de su padre: e si lo non quisiese fazer, que yo defenderme he dél quanto podiere.» E Albar Fáñez despidióse luego del Rey don Garcia e fuesse su via: e el Rey don Garcia llamó entonces un cavallero Asturiano a quien dezien Ruy Ximenez e mandole que fuesse a su hermano el rey don Alfonso e que le dixesse como lo avie desafiado su hermano el rey don Sancho e que querie tollerle su tierra, e que le rogava como a hermano que le pessase, e que le non dexasse pasar por su reino, e el cavallero fuese para el rey don Alfonso, e contol todo el fecho, así como su señor le mandara: e el rey don Alfonso repusol así: «yd e dezid a mi hermano que nin le ayudaré nin le estorvaré, e si podiere defender que me plazerá»- e el cavallero tornose con esta respuesta al rey Don Garcia, e dixol: «Señor, conviene que vos amparedes lo mejor que vos podieredes que non teneades ayuda ninguna en vuestro hermano.»

«El Rey don Garcia era ome muy fuerte de corazon, e quando oyó lo que su hermano le embió dezir, quiso sacar su hueste contra él: e avie un consejero por quien se guiaba e con quien departie to-

dos sus fechos e sus poridades: e este era contrarioso contra todos los ricos omes de la tierra. Los ricos omes, veyendo el grand daño que les venie por consejo de aquel home, rogaron al rey don García e pidieronle merced que le quitase de sí, e el Rey non lo quizo fazer: e quando ellos vieron el e el dano que por ellos venie, mataron gelo delante: e el rey don Garcia fué muy sañado e ovo ende gran pesar, e tovoise por muy deshonorado porque gelo mataron assi, e fue mucho irado contra ellos, e apremiolos muy afincadamente mas que non fazie ante: e amenazávalos que nunca averien su gracia nin su amor: e ellos veyendo las amenazas e las deshoras que les fazie, quitávanse quanto mas podien de su señor.»

Refiere luego la rápida y triunfante invasión de D. Sancho en Galicia, y cómo D. García juntó para resistirle, muy gran hueste en Villafranca (sin duda la del Vierzo) y desbarató la vanguardia del rey de Castilla, mandada por los condes de Lara de Monzon y de Cabra. «E fue el torneo entre ellos muy grande, de guisa que murieron y bien trezientos caballeros del Rey don Sancho; e alli se yva compliendo lo que dixera Arias Gonzalo, que se matarien unos con otros los hermanos, e parientes con parientes. Quando el Rey don Sancho sopó el daño que avien preso los condes, cavalgó con quanto poder avie, e vino acorrerlos, mas el Rey don Garcia quando lo vió venir non se atrevió de esperararlo e fuese, e el Rey don Sancho fue empues dél en alcance fasta en Portugal.»

«El Rey don Garcia dixo entonces a todos sus vasallos e sus amigos assi: «Amigos, non avemos ya tierra a do fuyamos a mi hermano el Rey don Sancho, salgamos lidiar con ellos, ó los vencamos, ó morramos y todos, ca mas vale morir que soffrir este estragamiento en nuestra tierra. De si apartó á los Portugaleses a su parte, e

a los Gallegos a la suya, e dixoles: «Portogales amigos, vos sodes nobres caballeros: e ha menester que todo el mal prez que avedes que lo quitedes, e que finque en vos el bueno, ca vos avedes muchos señores buenos entre vos, e fazedlo muy bien a vuestra honra, e si yo con bien saliere de aqui, yo faré en guisa que entendades que he a coraçon de fazer algo,» e ellos dixeron que lo fazien de agrado, e que le ayudarien quanto pudiessen e que non fincarie por ellos: e tornose entonces a los Gallegos, e dixoles assi: «Amigos, vos sodes muy buenos cavalleros e leales, e nunca fallamos que por vos fuese señor desamparado en campo, métome en vuestras manos, ca sé que me consejarades quanto mejor sopierdes, e que me ayudaredes otro si lealmente: e ya vos vedes como nos trae el Rey don Sancho acogidos, e yo non sé al que fagamos, sinon lidiar con él, o vencer o morir: pero si vos ál entendades, faré quanto me consejardes.» Entonces le dixeron los Gallegos, que le ayudarien quanto pudiessen bien e lealmente, e que farien quanto él mandasse, e que aquello que les él dezie, que lo tienen por mejor. «Pero dize assi aqui el Arzobispo don Rodrigo,» que ovieron acuerdo de yr pedir ayuda a los moros, e que se fuese el Rey don Garcia con trezientos cavalleros, e que dixo a los moros que fiziessen hueste contra su hermano el Rey don Sancho, e que él les farie dar el reyno de Leon, e aun el suyo mismo. E los moros le dixeron assi: «Quando tu eras Rey e tenies la tierra en poder non podiste defender tu reyno, agora cómo lo daries a nos, pues que lo has perdido?» Pero con esto dieronle muchos dones e honraronle, desi embiaronle, e él vino para Portugal, e ganó muchos castiellos de los que avie perdidos, e muchos otros logares de los que tienen aun en su poder ganados los moros.»

Hasta aquí el autor de la «Crónica» va interpolando, según su costumbre, los fragmentos del cantar en el breve capítulo del arzobispo D. Rodrigo, que para nada menciona á Alvar Fáñez ni al Asturiano Ruy Ximénez, y habla sólo de la muerte del infiel consejero de D. Garcia y de la petición de auxilio rechazada por los agarenos. Tampoco hace mérito del combate de Villafranca, y de su texto parece inferirse que D. Garcia perdió el reino en una sola batalla, la de Santarem, donde cayó prisionero de su hermano, que le encerró en el castillo de Luna. Todo lo que la «General» añade á estas secas noticias es de origen indudablemente poético, y nadie lo negará después de leído el trozo que sigue:

«Luego que el Rey don Sancho supo que su hermano el Rey don Garcia era venido de tierra de moros, fue contra él con gran hueste: e el rey don Garcia era entonces en Santarem, e el Rey don Sancho comenzó de combatirle muy de rezo la villa, e los moradores salieron a ellos a barreras, e lidiaron toda una noche unos con otros que nunca quedaron. E otro día de mañana salió el Rey don Garcia al campo e paró sus hazes, e el Rey don Sancho las suyas, e ovo la delantera de la hueste del Rey don Sancho el Conde don Garcia: e el Conde de Monçon yva en la costanera: e el Conde don Nuño en la otra: e don Fruela de Asturias yva en la zaga con el Rey, e don Diego (¿Ordóñez?) llevaba la seña del Rey don Sancho. E venien assi los de la una parte como los de la otra muy avivados para lidiar. E el Rey don Garcia estava esforçando los suyos e diciendoles: «Vasallos e amigos, vos vedes el gran tuerto que mi hermano el Rey don Sancho me faze en quererme toller la tierra que mi padre me dió, e ruego vos que vos pese e que me ayudedes, ca vos sabedes que desde yo fue Rey que quanto ove todo vos lo di e lo parti con vusco,

aver e caballos e armas, e guardé vos para tal sazón como ésta.» E ellos dixeron: «Señor, partistelo muy bien e fezistes con nos mucho dalgo, ser vos ha muy bien galardonado si nos pudiesemos.» E estando ya las hazes partidas para lidiar una cerca de otra bien, el caballero que avemos dicho, que hera «Alvar Fáñez,» paróse antel Rey don Sancho, e dixol a grandes voces: «Señor, yo jugué el cavallo e las armas que tenie, e si la vuestra merced fuesse que me vos diessedes un caballo e unas armas, yo vos serie oy en esta batalla tan bueno como seys cavalleros, e sinon que me tomedes por traydor.» El Conde don Garcia dixo al Rey: «Señor, dad lo que vos pide.» E el Rey don Sancho dixo que le plazie: e mandól luego dar cavallo e armas. Despues de esto començose la batalla del un cabo e del otro, e morieron y muchos cavalleros e mucha de la otra gente de ambas las partes: e morió y de la parte del Rey un cavallero muy preciado que avie nombre don Gonçalo Siñid: pero al cabo fueron mal trechos los castellanos, e fue ferido el Conde don Nuño e preso el Conde don Garcia e derribado del cavallo el Rey don Sancho, e prisol su hermano el Rey don Garcia, e diol a guardar a seis cavalleros, e fue en ello de mal acuerdo, e como de mala ventura: e fue en alcance de los que fuyen: e el Rey don Sancho dixo aquellos seys cavalleros: «Varones, dexadme yr e saldré de todo vuestro Reyno, que nunca jamás vos faré mal nin daño ninguno, e partiré con vusco quanto oviere:» e ellos dixeronle que non lo farien por ninguna cosa, mas que lo ternien guardado sin otro mal ninguno que le fiziessen fasta que viniesse el Rey don Garcia. E ellos estando en esto llegó «Alvar Fáñez» el cavallero a quien el Rey diera el cavallo e las armas entrante la batalla, e dió voces contra aquellos cavalleros, e dixoles: «Dexad, traydores, al Rey don Sancho.» Esto

diziendo, fue ferir en ellos muy de rezio, e derribó luego los dos dellos e venció los otros e ganó los cavallos de aquellos dos cavalleros: e el uno dió al Rey don Sancho, e el otro retovo para sí: «pero dize en otro logar la estoria, quel Cid fue este que librara:» e fuesse con su señor a una mata do estavase pieça de sus cavalleros, e començó a dezir a sus cavalleros a muy grandes voces: «ahe vos aqui el rey don Sancho vuestro señor, e venga se vos en miente del buen prez que Castellanos ovis-tes siempre e non lo querades perder.» E dexi allegaronse alli bien quatrocientos cavalleros al Rey don Sancho de aquellos que yvan vencidos: e ellos estando alli vieron al Cid venir con trezientos cavalleros, ca non se acertava en la primera batalla, «e nos avemos aqui a dezir la una razon e la otra en este fecho, pues que la estoria lo departe assi.» E el rey don Sancho quando sopo que era Ruydiaz el mio Cid, plogol mucho con él, e dixo: «Agora descendamos al llano, ca pues quel Cid es venido creed que vencer los hemos,» e fue a él, e recibiól muy bien, e dixol: «Bien seades venido, mio Cid el bienaventurado, ca nunca vassallo acorrió a señor a meior sazón que vos agora a mí.» E dixol el Cid: «Bien creed, señor, que vos cobraredes e venceredes el campo, ó yo morré.

«E ellos fablando en esto, llegó el rey don Garcia del alcance en que era ydo, e venie muy alegre cantando, departiendo en como avie vencido al Rey don Sancho su hermano, e qué tenie presso. E él veniendo assi llegó mandado de como era el Rey don Sancho suelto, e que lo tollerán por fuerça a aquellos seys cavalleros a quien lo diera en guarda, e que querie lidiar con él otra vez. Quando esto oyó el Rey don Garcia, pessól muy de coraçon, mas non pudo y ál fazer. Dexi començose la batalla muy mas fuerte que la primera vez, e lidiavan muy de rezio de la una par-

te e de la otra, mas al cabo desampararon los Portugaleses al Rey don Garcia e fugieron: e mataron al Infante don Pedro, que era amo del Rey don Garcia, e trezientos cavalleros con él. E priso Ruydiaz mio Cid al Rey don Garcia, e diol al su señor el Rey don Sancho: e el Rey mandól echar en fierros, e llevó á Luna, un castiello muy fuerte, e alli fue en aquella prision e en aquellos fierros diez e nueve dias.»

El cuadro no puede ser más épico. La viveza del relato, la frecuencia del diálogo, el detalle de los nombres propios y de las peripecias del combate, la nota cómica del juego en que había perdido Alvar Fáñez las armas y el caballo, todo, en suma, hasta los vestigios de asonancias, indican que este largo pasaje es fragmento prosificado de algún «cantar de gesta,» enlazado acaso con el de la partición de los reinos ó con el del cerco de Zamora. No puedo cotejar en este momento el texto primitivo de la «General,» porque mi códice, tantas veces citado en estas advertencias, no alcanza más que hasta el reinado de D. Fernando el Magno: ignoro, por tanto, si en aquel texto se encuentra, como en el de Ocampo, la distinción entre las dos versiones que atribuian una misma hazaña á Alvar Fáñez y al Cid; pero no dudo que la primera es la más antigua, no sólo porque se ajusta mejor á los acontecimientos de la narración, en que el Cid no figura hasta entonces para nada, sino porque la estrella épica de Alvar Fáñez fué palideciendo á medida que la del Cid se levantaba sobre el horizonte. Pero se ha de notar que en la crónica del héroe burgalés, sacada como es notorio de una de las refundiciones de la «General,» aparecen las dos variantes fundidas ya y no meramente yuxtapuestas, repartiéndose equitativamente el lauro entre Alvar Fáñez y el Cid y atribuyendo al primero, palabras que la «General» impresa pone en boca del segundo.

Otras anécdotas se contaron de Alvar Fáñez, y es memorable entre ellas, por su carácter doméstico y su tendencia doctrinal el «ejemplo 27.º de El Conde Lucanor,» donde narra con tanta gracia Don Juan Manuel la discreta elección que aquel caballero hizo de la menor de las hijas del Conde Don Pedro Ansúrez para casarse con ella, después de haber probado ingeniosamente el carácter y entendimiento de las tres; y como Doña Vascuñana, que tal era el nombre de su mujer, fué dechado de perfectas casadas, sumisas al parecer y voluntad de su marido, hasta el punto de aceptar de buen grado y hacer creer á los demás, cuanto á Alvar Fáñez se le ocurría en burlas, ora que las vacas eran yeguas, ora que las aguas del río corrían al revés. Este cuento, como todos los de su género, tendrá orígenes más ó menos remotos, y se habrá atribuido á otros personajes antes que al yerno del Conde Ansúrez; pero el carácter burlador y humorístico que se le atribuye, parece una nota tradicional que concuerda con la anécdota de Santarem.

Pero todavía más que las referencias escritas, que al cabo son pocas y dispersas, nos convencen de la popularidad de Alvar Fáñez los rastros que ha dejado en la tradición oral de Castilla la Nueva, principal teatro de sus empresas. Si por las escrituras sabemos que fué alcaide en Toledo y Peñafiel y señor de Zorita y Santa-ver; si los «Anales Toledanos» le atribuyen la primera conquista de Cuenca, que muy pronto volvió á caer en poder de los infieles, otras proezas suyas, que acaso fueron cantadas, no constan en los libros, sino en la viva voz del pueblo y en el archivo incorruptible de la nomenclatura geográfica. Oigamos sobre esto, al Sr. Don Juan Catalina García, docto y elegante ilustrador de las antigüedades de la Alcarria:

«Las tradiciones alcarreñas han conservado el recuerdo de este valeroso capitán. La más importante es la de que ganó á Guadalajara. . . . Cincuenta y nueve años después de muerto Alvar Fáñez, Alfonso VIII hizo graciosa donación á D. Cerebruno, arzobispo de Toledo, de un baño en aquella ciudad, situado «circa portam de Albaro Fanez,» nombre que hasta hoy conserva aquella entrada, y que acaso recibió en vida del caudillo, y por alguna circunstancia muy relacionada con él, como pudo ser la conquista. Causa extrañeza que de este importante suceso no se conserve testimonio coetáneo. . . .

«Mas cualquiera que sea la opinión sobre esto, importa ahora decir que en los siglos pasados no estaba perdida en la Alcarria la memoria de Alvar Fáñez y sus gloriosas conquistas. Las célebres relaciones que por orden de Felipe II dieron muchos pueblos de España en el último tercio del gran siglo, han conservado aquellos recuerdos con menguada fidelidad, porque la tradición siempre tiene contornos vagos é indecisos. La relación de Guadalajara, aunque mezclando el dato con los nombres fabulosos del moro Bramante, del rey Galafre y del infante Carlos de Francia, atribuye la reconquista de la ciudad á Alvar Fáñez Minaya, cuya imagen, añade, constituye el principal blasón de nuestro escudo. Las de Hueva, Horche, Tendilla, Mondéjar, Fuentelaencina, Moratilla y Romanones, se dan la misma gloria, sazónando algunas su relato con circunstancias y pormenores curiosos. Todavía se señalan sitios que tuvieron el nombre del conquistador afortunado, como el cerro de «Alvaráñez,» entre Romanones, Tendilla y Armuña, lugar donde quedan vestigios de fortaleza, y donde se encontraban antes armas y utensilios. En Alcocer existe una puerta llamada de Alvar Fáñez, y más allá, en tierra conquense, permanece una villa

de su nombre, y la creencia de que en Uclés, y en el Siglo XVI, se halló el sepulcro del guerrero. Tan firmes son estas tradiciones en la Alcaria, que en el siglo último, un historiador local, docto y normal crítico, el mercenario Fr. Juan de Talamanco, se atrevió á consignar en su «Historia de Horche,» el día exacto en que Al-

var Fañez, saliendo de las sombras, y alumbrado por la estrella de su fortuna, se apoderó por sorpresa de aquel pueblo, y después, por escalada, de Guadalajara. No es extraño, pues, que los alcarreños guarden la memoria del valeroso castellano.»

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

A NUESTROS LECTORES.

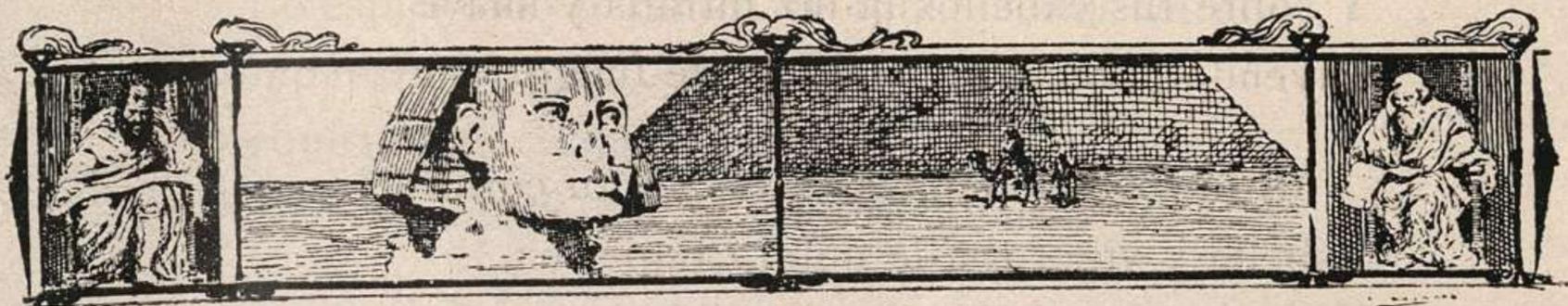
En el artículo titulado *Exegesis de un capricho al óleo de Ruelas*, se escaparon varios errores garrafales, por no haber corregido José Juan Tablada sus pruebas.

Donde debía decir *estilizado*, dice: *jesterilizado!* por ejemplo. Rogamos á nuestros lectores perdonen las faltas, absteniéndose de señalar más en obvio de tiempo.





Retrato.—Inocencio X,—Óleo de Velázquez.



BAJO EL SOL

Era una tarde rubia de caluroso Mayo;
 Los pífanos del viento estaban en reposo,
 Y la opulenta Flora en tropical desmayo,
 De Apolo se entregaba al beso voluptuoso.

El Templo de Natura, sin santos ni querubes,
 Erguía sus pilares hasta el cimborrio inmenso,
 Y el sol resplandeciente, nimbado por las nubes,
 Era una gran custodia entre azulado incienso.

Y ahí, del infinito altar ante las gradas,
 Bajo la espesa bóveda de insólito verdor,
 Una joven pareja, dos almas elevadas,
 Juráronse un eterno y poderoso amor.

Tú eres, adorada mujer de poesía,
 Quien con amante novio la eternidad ansió;
 El hombre á quien hiciste feliz desde ese día,
 Cuyo recuerdo llena mi juventud, soy yo.

Tranquilos caminando por la desierta nave,
 Alzaba nuestra mente un vago y mudo ruego,

Y sobre tus cabellos la luz filtrada y suave
Cayendo parecía santa lluvia de fuego.

Mi brazo blandamente rodeaba tu cintura
Esbelta y vigorosa de núbil campesina,
Y al giro de mis frases, tu cálida hermosura
Se matizaba en rosa sobre tu faz divina.

¿Qué cosas te decía? Acaso mis ternezas
Jamás fueron oídas en boca de mortales?
¿Ó de un lenguaje ignoto son las delicadezas
Que usan en sus coloquios los seres irreales?

Fueron palabras dulces y antiguas como el mundo;
Oyéronse primero en el jardín Edén;
Mas puestas en mis labios por un amor profundo,
Nuevas te parecieron, y á mí. . . . nuevas también!

Promesas que repiten todos los que enamoran!
Y que tan suavemente nos hicimos allí,
Como el frufú de seda que ante una flor rumorán
Las alas tornasoles del frágil colibrí.

Llegamos á la margen del tumultuoso río,
Musgosas peñas huecas sirviéronnos de asiento,
Y vimos de los sauces tras el telón umbrío,
Al sol que lentamente bajaba el firmamento.

La súbita corriente, saltando unas quebrajas,
Abría su abanico de nácar y topacio,
Rompiendo en formidable concierto de sonajas
Que en tibio polvo húmedo se alzaba en el espacio.

Y luego entre la fronda la líquida serpiente
Venciendo en un remanso su cólera fluvial,
Dejaba que el ramaje retratara silente
Inmóviles arcadas en el blando cristal.

Lo espléndido sentimos de aquel paisaje vario
Compuesto en primavera por el divino artista,
Porque el amor dichoso tuviera un escenario
Digno de la grandeza de tal protagonista.

Siguió bajando el astro; nublóse por instantes;
La última libélula voló de flor en flor;
Su siesta sacudieron las frondas murmurantes
Y Céfito llevónos aromas y frescor.

Cruzando el cielo rosa las aves en bandadas
Al nido ya volvían cantando sus alegros,
Y luces del Ocaso tenían las miradas
De mis azules ojos y de tus ojos negros.

El mágico recuerdo de aquella tarde brilla;
Aun oigo las dulzuras que pronunció mi novia,
Mientras yo con la punta de su estival sombrilla
Trazaba pensativo el nombre de Maclovia.

¡Oh tarde, rubia tarde, de juventud alarde!
Tu sol ha tramontado; huyó la sensación;
Mas vive el sentimiento que inextinguible arde
Y alumbrará por siempre sobre mi corazón!

.....

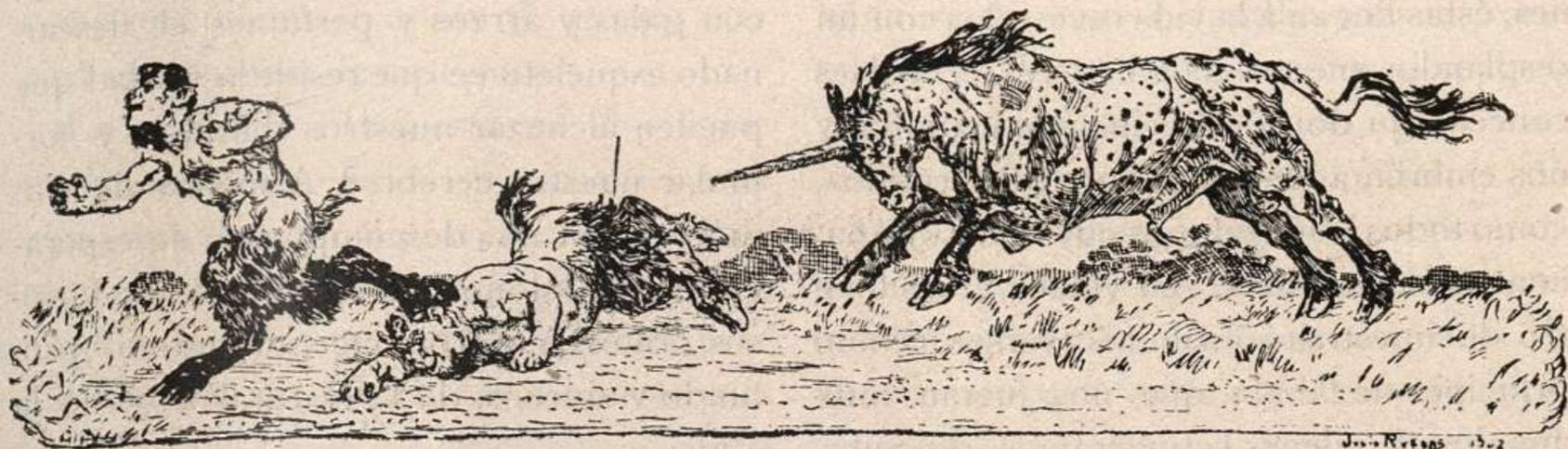
Levántate y partamos; la noche se aproxima;
Recoge bien la falda y apoya el brazo en mí;
Ya el sol desaparece por la insondable sima,
Como una isla de fuego en un mar de rubí!

1901.

D. H. Osera



Jesús F. Contreras, escultor, en su viaje á Egipto.



“ALMAS Y CARMENES”

Por Jesús E. Valenzuela.—México. 1904.*

En cuanto al otoño á que alude Nervo, no me ha soplado en el espíritu ninguna de sus ráfagas, ni escuché tampoco sus plañideras músicas, el crujido de las hojarascas secas; pero acaso podría confesar que probé la miel madura y suave de alguna fruta en sazón. No dudo que el señor Valenzuela esté ahora en el otoño de su vida; mas en sus poesías no pruebo sino dulzuras de primavera, contrastes de primavera, y también desolaciones y tris-

tezas de estío tropical, tormentas de estío tropical.

Primeramente, y entre lo que es parte para el elogio, apuntaré que en lo ordinario la inspiración de Valenzuela no cubre con sus nobles ropajes asuntos baladíes, vanas visiones, sin carne de vida ni sangre de pensamiento. Casi siempre expone, cuando no una idea trascendental, una sensación profunda, en que están encerradas semillas de valiosos ideales. Toca su flauta por el gusto de tocarla ante todo, lo cual es muy bello; pero no únicamente con la intención de recrearse oyendo el són que de ella fluye, sino también porque en su espíritu palpitan emociones y reflexiones que inquietan con inquietud una fenestra libre por donde desparramarse en el ambiente lleno de sol, cobijado por el alto azul. Cuando tal fuerza interior promueve y preside la navidad de las cancio-

* Aunque publicado en 1904, es en días del presente julio, cuando ha llegado á EL COJO ILUSTRADO este libro de Jesús Valenzuela. Creemos oportuno hacer un breve examen de esta obra, así por la nombradía de su autor, como por el mérito intrínseco de las poesías que contiene. Jesús Valenzuela no disfruta entre nosotros de la popularidad que Mirón, ó Nervo, ó Urbina, no mereciéndola menor en verdad, por las excelentes cualidades de su numen, que los ingenios nombrados. De este modo creemos contribuir en lo posible, á difundir en Venezuela el conocimiento de los mejores escritores hispano-americanos, que tan saludable nos parece al propósito de estrechar los lazos de unión intelectual entre las naciones latinas del Continente.—S.

nes, éstas llegan á la vida revestidas con un resplandor que no es de la tierra, el cual les concede un dón de fascinación inaudita y nos embriaga de embeleso y de harmonía, como todos los prodigios cuya causa no encontraremos nunca. Así vienen al encuentro de nuestras almas los versos, como príncipes de fábula que nos fueran muy amados, á quienes estuviéramos de antaño unidos por el hechizo de una inviolable fraternidad.

Bien que de vez en cuando asome su cabeza chata y fútil algún gesto de trivial declamación, como una rana exangüe entre sangres de rosas robustas; bien que algún deslucido lugar común venga á turbar la fiesta en ocasiones con su oropel desgastado, y que alguna metáfora sea de las que repiten cien mil voces necias cada día; bien que no siempre la actitud del trovador conserve la altanera y noble gallardía que es su más ostensiva ejecutoria, el conjunto es fuerte, sólido, musical, sonoro de aguas vivas y puras y repleto de savias generosas, así como un árbol de buen fruto, de opulento follaje, donde trinan los pájaros y á cuyos pies una fuente les está brindando de continuo alimento á sus raíces hondas, y cantando con su lengua argentina la alabanza de la naturaleza. Quién logra evitar que en la rubia miel de los frutos no esté difundido una que otra vez el peligro sutil de la ponzoña? En todo caso, asidula el veneno la miel, y tornándola en más deliciosa para los paladares, la torna en más peligrosa al mismo tiempo. Pero agradecemos que nos ofrezcan en crátera de oro y con sabor y con efectos de nepenthe, la cicuta mortal, que sólo sería de intolerable amargura. No que haya de ello «florentinismo,» ó como quiera llamársele, sino en la forma, en la manera gentil y cordial de brindarnos los tósigos. Mas no es casi precisa, y de una imperiosa necesidad de misericordia, vestir

con galas y arreos y perfumes el descarnado esqueleto en que reside la verdad que pueden alcanzar nuestros sentidos y formular nuestro cerebro? A menos de clamar con una descompuesta desesperación, mesándonos los cabellos como furiosos orates, nuestro concepto íntimo, profundo y sincero, de la Naturaleza y de la Vida. . . .

Cuando no prorrumpe en un lamento franco, la Musa de Valenzuela tiene contorsiones de mudo dolor, visiones de tristeza hosca ó trágica, ó se quita el alboroz de la pesadumbre, para mostrarnos una sonrisa de ironía no muy inocente. Las *Almas* que aquí nos retrata están mordidas de tormentos, acoreadas de dudas, llenas de un mortal designio de muerte. El alma femenina de *El Angelus* —uno de los más hermosos poemas del libro,— convierte la alegría de la concepción en suplicio de pecado. Mientras en el bronce cristiano suena la solemne salutación del crepúsculo, en la mujer plañen y suspiran los arrepentimientos, incierta y pesarosa ante el misterio que se realiza en sus entrañas, y no recibe el grito: «Bendito es el fruto de tu vientre. . . .» con unción de contento y humilde, como la virgen que es capaz de medir ya, al través de las brumas de su inocencia, la deliciosa dulzura de la fecundidad. En el corazón que se aterra y congoja frente al anuncio de la preñez, ha caído de antemano una gota de impureza «contemporánea,» de inmundicia de *flirt*, como si dijéramos; y esa mujer no se dispondría á viajar para Citeres, cantando una canción, desnuda sobre la desnudez afrodisíaca de las olas, sino en clandestina urca, como vil género de contrabando, mirando sólo por milagro el mar con mirada decautela, recatándose en una cámara oculta. . . .bien provista de champagne helada y demás accesorios del amor que ahora se estila. El alma de madre entra en ella, no

como una blanca paloma de gozo, sino cual una corneja de castigo.

La ironía del *Credo* está en el epigrafe. El sabio incrédulo, que al perder á su hijo por culpa de su propia incredulidad, convierte el corazón á Dios, lo hace por locura? Si no creyera os que Valenzuela ha planteado de un modo confuso este problema en el *Credo*, no le perdonaríamos que hubiera intentado escribir una diatriba contra la ciencia contemporánea (tan impertinente cuando se inmiscuye en lo que no le atañe) en beneficio de tendencias más ó menos intemperantes, en todo caso y de seguro más inútiles que la propia Ciencia. Lo que si es resueltamente trágico, es el *Confiteor*. «Pertenezco á Satanás,» dice el monje moribundo de quien todos alaban la humildad, la fe, las virtudes. He vivido engañando, me he engañado á mí mismo y á todos:

Hoja caída
del árbol del amor fui por las artes
del fanatismo secular; y ahora
miro lo estéril de mi triste vida.

Y cabe preguntar al fin de este poema, del cual surge un hálito de desconsuelo glacial, qué hombre está seguro de no arrepentirse, aun en el recóndito arcano de su conciencia y á la hora postrera de la vida, de toda su pasada existencia? Ese mismo monje, si hubiera tenido valor cuando joven, para romper la coyunda sacerdotal y proclamarse libre en la naturaleza según las que él estimaba leyes de Dios, no volvería los ojos en el trance de la muerte hacia el claustro austero y frío, hacia la cal de las paredes desnudas, de donde en ese instante supondría que se desprende una fragancia ilusoria de felicidad? Sólo nos está permitido —no concluir eso jamás— sospechar que tal vez en toda condición y cualquiera que sea el cauce por donde corra el agua de la vida, va impreg-

nándose de pesar y desolaciones al rozar con las rudas ribereras, como si se deslizara por entre bloques de amargura y en ella desembocaran arroyos de hiel. . . . El *Poema roto*, extenso y quizás un poco diluido en partes, tiene pasajes hermosos sobremanera y termina con una nota de desencanto y de angustia. Es hondamente pesimista, aunque á trechos enciende luces de esperanza y purificación.

Los *Cármenes* son floridos: flores de emociones dulces, como aquella de *Aledaño*, que me resulta exquisita y encantadora, ingenua y de una dulce ironía; flores de visiones magníficas, en *Himnos salvajes*:

Bostezaste de hartura; y vi en tu boca
del sol á los urentes
rayos—en el licor que te sofoca—
una hoguera cogida con los dientes;

flores de presentimiento, asfodelos funerales:

y mi última esperanza se derrumba;
y ¡ay! ni plegarias se alzarán al cielo
ni flores brotarán sobre mi tumba!;

flores de piedad como las que enguirnaldan la frente lóbrega y cornuda de Satán con una guirnalda de disculpa, algo paradójica:

Eres bueno, Satán, porque eres malo;

flores de ensueño efímero, de galantería sonora, de cavilación un poco dada á forjar extraños emblemas é inesperados desencantos, como cuando se refiere á la estrella muerta:

....Cuál se opaca y vacila!
¡Cómo muerta en el tiempo su resplandor perdura
y apagada hace siglos aún hiere mi pupila!

También hay una corona de rosas, empapada menos en rocío de lágrimas que en luz áurea de glorificación, para la memoria del ilustre Gutiérrez Nájera, y muchas flores, todas las flores de la primavera, flores de todo matiz y de toda fragan-

cia, y —por qué no confesarlo también?— flores sin aroma, que se dirían de trapo, sobre las cuales cayó, á desteñirlas, una lamentable lluvia.

Los procedimientos de escritura de Valenzuela, tienen mucho de la manera romántica, y bastante de las tendencias *modernistas*, de las cuales no ha acertado á adoptar todo lo bueno. Su lirismo es profuso, y en lo general la expresión se adapta incompletamente á lo expresado, pues su habilidad en este punto jamás es continua, sostenida. Es de lamentarse que en ocasiones, tras un verso feliz, en que

van acordes música, ritmo y entraña, florezca uno desmazalado, enclenque, torcido, un hijo contrahecho de dama tan hermosa como la Musa del señor Valenzuela. Estas alternativas en veces nos dejan desconcertados. Acaso el poeta castiga poco ó nada y no gusta de seguir el procedimiento aquél verlainiano de «cincelar los versos como copas.» Como quiera que sea, un esmero más pulcro en la elaboración fonética de los versos, de los endecasílabos principalmente, no te vendría mal.

JESÚS SEMPRÚM.

(Del "Cojo Ilustrado," de Caracas).





EL CARACOL.

Cuando la brisa barria apenas las nieblas grises de la mañana, y al arrastrarse por las arenas, con sus espumas como azucenas jugaba, en sueños, la mar cercana; junto á la choza de sus mayores, se despidieron los pescadores.

La bruma triste los envolvía: ella gemía: ¿qué hare yo ahora?
Y una gaviota revoladora oyó al marino que le decía que era su virgen, su pescadora, que no llorara, que volvería . . .

Y como urgiera ya el tiempo: «toma, —le dijo el mozo—ya el viento asoma, la gente sale, ya viene el sol» y recogiendo del agua clara que entre las rocas la mar dejara, más armiñado que una paloma puso en sus manos un caracol:

«Que él te recuerde lo que te quiero, que oigas mis quejas en sus rumores; de cierto vale poco dinero, pues que son pobres nuestros amores, pero es eterno su rumor suave, y aunque es humilde, su labio sabe de los remotos mares bravíos y de los mundos que voy á andar, más que tus padres y que los míos y más que el viento que habita el mar. . . .»

Ambos lloraron; un ave inquieta graznó sobre ellos; el humo lento de las chozuelas de la caleta blanqueaba apenas, como un aliento; y bajo el cielo más transparente, tras la fortuna que se ama en vano, partió el navío, rumbo á Occidente, sobre el inmenso y augusto oceano.

Y cuenta el viento que desde aquella mañana triste, ¡fatal mañana!

acariciada por la doncella
 la humilde concha de porcelana,
 le habló en su lengua de rumores
 de viajes locos, de pechos fieles,
 de memoranzas y devaneos
 junto á la borda de los bajeles,
 de aves errantes que van á pares
 buscando albergue sobre los mares,
 de tempestades y de ciclones
 y de esos tristes besos perdidos
 que van con rumbos desconocidos
 bajo las altas constelaciones

Y el tiempo vino, silente y grave,
 siguiendo siempre su ruta ciega,
 con el misterio de aquella nave
 que en una extraña canción noruega
 lleva invisible su casco lento
 bajo las brumas del mundo aquel,
 siempre azotada de un mismo viento
 con un fantasma por timonel

Y con los años la niña hermosa,
 cuya frescura ya ajaban canas,
 mirando al agua desde la choza,
 vió marchitarse la tinta rosa
 de sus mejillas, antes lozanas
 Aun no clareaba detras del monte
 y ya copiaban el horizonte
 sus grandes ojos color de mar;
 y en ellos iban las golondrinas,
 en sus revuelos de peregrinas,
 á ver las barcas ultramarinas
 que en lontananza solían cruzar.

Y siempre, siempre la suspirante
 y humilde prenda de amor, seguía
 contando historias del nauta errante
 llenas de inmensa melancolía;
 ya eran nostalgias desconsoladas
 en lo infinito del mar lloradas,
 noches de nieve que el viento azota,
 miserias y hambres en tierra ignota;
 triste cortejo que siempre avanza
 por esas rutas, en que sus huellas
 deja, guiada por las estrellas,
 la banda loca de la esperanza.

Y el tiempo alado siguió en su vuelo,
 y en sus mudanzas siguió la mar,
 y al campo santo más de un abuelo
 en la caleta fué á descansar:
 siempre escuchando la voz lejana,
 la pescadora tornóse anciana;
 barcos ignotos, aves de paso,
 ya del oriente, ya del ocaso,
 la mar surcaban cada mañana;
 sólo aquel loco bajel risueño
 que al occidente partiera un día
 tras la fortuna, que es solo un sueño,
 en lontananza no aparecía.
 Y de la concha susurradora,
 la amable historia, doliente asaz,
 seguía oyendo la pescadora
 vaga y distante cada vez más;
 la sombra triste de otros amores
 cruzaba á veces por sus rumores;
 hasta que un día trajo el destino,
 con los clamores de un torbellino
 y entre infinitos ecos perdida,
 la última queja del peregrino
 sobre una roca desconocida . . .
 Y entre las brumas de la mañana
 de un taciturno día de invierno,
 sobre cuatro hombros subió la anciana,
 vuelta hacia el cielo la frente cana,
 por las colinas del sueño eterno

Dejó la tierra como paloma
 que abandonada, su alero deja
 y errante sigue de loma en loma
 tras del amado que se le aleja
 Le dió la tumba refugio blando,
 y allí á su lado siguióle hablando
 junto á los mares, el caracol,
 del sueño eterno, la eterna espera,
 y de ese humano vivir soñando
 sola y distinta dicha sincera
 que el hombre alcanza y alumbra el sol.

DIEGO DUBLÉ URRUTIA.

(Chileno).

Del Libro «Del Mar á la Montaña.»



CARTA ABIERTA.

Sr. D. JESÚS S. SEMPRÚM.

Caracas.

Muy Señor mio:

En crítica que publicó Ud. en el «Cojo Ilustrado,» de Venezuela, y reproduzco yo en la «Revista Moderna de México,» sobre mi libro «Almas y Cármenes,» manifiesta que casi parece mi poema *Credo*, una diatriba contra la ciencia. Amigo mio, cuando atravesé por las aulas, Balmes y Bouvier habían hecho campo á Stuart Mill, y desde niño, lo más respetable para mí, fué la ciencia en toda la trabajosa labor humana. La religión repugnó siempre á mi espíritu, pues odio más la mentira del milagro, que la crudeza de la blasfemia, encontrando ambos completamente imbéciles. En el *Credo* consigné un hecho con pequeñas variantes á que me obligó la obra poética. Yo he conocido hasta su muerte al sabio ateo que termina su vida, no en la creencia, sino en la más cobarde vacilación.

Me ha tratado Ud. en su artículo con suma gentileza, y mucho la agradezco. Respecto á los lunares que señala en mi obra, es Ud. parco, pues profeso que grandes

defectos la afean. Pero en lo que se refiere á que yo lance diatribas contra la ciencia, lo rechazó enérgicamente, pues en la *débâcle* del espíritu ante lo desconocido, la ciencia es la única conquista verdadera de la humanidad. A Dios lo han hecho bello, cuando lo han hecho hombre. Cuando no, pavoroso como el destino humano, ó de los planetas y sistemas solares, según los pronósticos científicos.

Ante lo desconocido, el hombre no cuenta con más arma, que el pequeño conocimiento arrancado por la observación y la experiencia á la naturaleza. La ciencia, con el aparato, vale millones de veces más que la religión con sus preces. Es preciso, pues, no arrodillarnos para alcanzar lo alto, sino solucionar el problema de la dirección de los globos.

Perdóneme moleste con esta carta su atención; pero para mi idiosincracia, es lo mismo decir que lanzo diatribas contra la ciencia, que achacar á un católico que escupe sus burletas á la santa virginidad de María.

Soy con todo aprecio, su muy atento y S. S.

JESÚS E. VALENZUELA.

MATRIMONIO SIERRA - AVEIRO.



Sr. Santiago K. Sierra.



EDITH WHARTON.



Edith Wharton.

La ilustre noveladora norte-americana Edith Wharton pertenece á la privilegiada clase de artistas que cimentan su fama sobre una labor, no copiosa, pero sí refinada y selecta. La opinión vulgar suele negar mérito á estos laboriosos, fundada en la vieja teoría de la fecunda é inspirada inconciencia del genio, pero, aparte de semejante inútil negación, y cuando se medita en el éxito que han alcanzado y la influencia que en la moderna literatura han ejercido, con una producción corta, escritores como Ibsen, Flaubert y Baudelaire, aparece evidente la ventaja que estos llevan á los autores de gran facundia.

Edith Wharton, que cuenta alrededor de cuarenta años y ha publicado poco más de diez volúmenes, ascendió desde hace algún tiempo al rango de primera figura literaria en la juventud de los Estados Unidos, y ahora, con su *Mansión de la alegría*, ha dado, en opinión de buena parte

de la crítica, el *magnum opus* de la novela norte-americana.

En la literatura contemporánea, es Edith Wharton uno de los espíritus mejor equilibrados. Posee la perspicaz intuición psicológica y la sensibilidad artística que constituyen los temperamentos exquisitos, y las ha ejercitado y desarrollado hasta la plenitud, hermanándolas con un criterio sereno, *práctico*, y una visión clara y definida de la realidad, que sirven de freno contra el amaneramiento y la extravagancia.

Las condiciones de la vida social é intelectual de los Estados Unidos, lenta en sus evoluciones y ajena á las efervescencias revolucionarias del pensamiento europeo, obligan al escritor á someterse á ciertos moldes que sólo en casos aislados han sido rotos por hombres —cuyo genio era, sin embargo, típicamente tentónico,— como Edgar Poe, en sus delirios imaginativos, y Walt Whitman, en sus exaltadas visiones de la realidad vulgar. Edith Wharton, como mujer, se halla doblemente limitada en su esfera de acción; y su obra literaria es el admirable producto de un talento cuyo radio natural se extiende en un mundo moral é intelectual mucho más extenso que el contemplado por su público, y que logra revelar la amplitud de sus concepciones en armonía con una forma que no hiere, de modo violento al menos, las ideas fundamentales y tradicionales de ese público. No es ella, desde luego, el único autor americano que ha realizado, por un minucioso proceso interno, esta adaptación: circunscribiéndonos á los novelistas, el mismo fenómeno puede descubrirse en Hawthorne y más modernamente en Howells. Las limitaciones que la vida del Norte impone á sus intérpretes, han logrado convertirlas, esos escritores, en limitaciones de forma y detalle: la ausencia de brutalidades naturalistas y de exagera-

das desnudeces psicológicas, parece ser en ellos resultado de una tendencia nativa, la cual no obsta, por lo demás, á la amplitud de criterio que se revela, más que en atrevimientos conceptuosos, en la fina ironía ó en la observación aguda cuya significación puede pasar inadvertida ó incomprendida para los lectores acostumbrados á moldes fijos de pensamiento, pero no para quienes conocen las formidables agitaciones de la vida intelectual europea.

Así, Edith Wharton, en vez de ensayar, como Gertrude Altherton y Charles Leonard Moore, protestas ó revoluciones contra la presión de la sociedad sobre la producción literaria, ha preferido consagrarse al perfeccionamiento de una forma, en la cual, á pesar de sus aparentes limitaciones, cabe una vida tan vasta é intensa, como la descrita por cualquier novelista de otro país. Espíritu típico, el suyo, de su pueblo, se ha desarrollado, no obstante, en el estudio de obras y ambientes refinados, al parecer opuestos á las tendencias de ese pueblo: Henry James, el escritor *internacional* por excelencia entre los americanos; los estilistas ingleses de filiación helénica, desde Ruskin á Walter Pater y Oscar Wilde; la crítica y la novela psicológica francesas: Bourget, Anatole France, Maurice Barrés; la vida y el arte múltiple de Italia. Con el tradicional amor de la raza inglesa á este último país, ha descrito las *Escenas italianas* y las *Quintas italianas y sus jardines*, y la vida de Italia le ha inspirado hermosos cuentos y la novela *El valle de la decisión*.

Dadas tales cualidades y tal cultivo, se adivinan los rumbos que ha seguido en su evolución el talento de Edith Wharton. Considerósele por algún tiempo discípula de Henry James, pero, aparte de la diversidad de temperamentos, su estilo y su método son ya en un todo independientes. Su estilo es uno de los más admirables en

la literatura inglesa actual: sabia y laboriosamente construido, sin las complicaciones de James ó de George Meredith; frecuentemente, por razón de los géneros á que se aplica, más expresivo que poético, más preciso que brillante, pero siempre sutil y armonioso.

En la crítica, que también ha cultivado con éxito, Edith Wharton sigue un método eminentemente subjetivo: más que un juicio completo, con análisis de todos y cada uno de los elementos del asunto tratado, su crítica es un conjunto de observaciones relacionadas á un punto fundamental. De idéntico modo, son sus cuentos y novelas, el desarrollo de una concepción psicológica. Este método *apriorístico*, un tanto á la manera de Bourget, solía restar á su producción primera el tinte de enérgica realidad que hace de las creaciones imaginativas fragmentos de vida palpitantes y consistentes.

Pero su intuición psicológica nativa, cualidad que distingue á los verdaderos novelistas creadores, ha vencido, en sus últimas obras, las dificultades de un método que, por sí solo, es inútil para realizar los fines á que tiende. El resultado se ve en muchos de sus cuentos, especialmente en los que describen la vida de las clases neoyorkinas relacionadas, como productoras ó patrocinadoras, con la labor intelectual y artística, y en sus dos novelas principales: *El valle de la decisión* (1902) y *La mansión de la alegría* (1905).

La primera es una reconstrucción psicológica de la Italia del siglo XVIII. Es, en realidad, simbólica de la vida italiana y aun de la latina en los dos últimos siglos: el héroe —un príncipe, un hombre de mentalidad superior, que tiene en sus manos la regeneración política y social de su pueblo, y, en el grave momento, no se atreve á cruzar *el valle de la decisión*, — encarna todo el espíritu de una raza, he-

redera de un glorioso pasado, pero que hoy, ante los vastos horizontes del porvenir, se muestra indecisa é insegura. La concepción es imponente por su magnitud, y su ejecución es, en lo general, admirable, sobre todo en la firme, hábil y discreta pintura de aquella vida compleja. Fáltanle solamente un grado de animación y vida emocional en el argumento y otro de feminidad simpática en la figura de Fulvia Vivaldi, encarnación de las ideas nuevas.

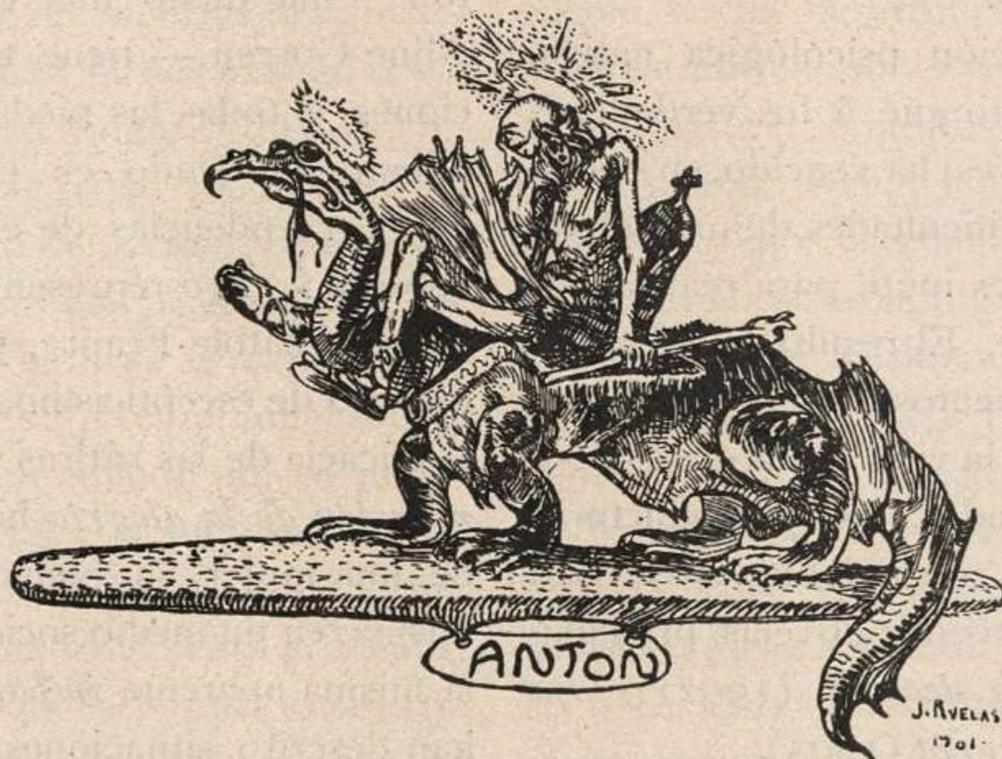
Pero *La mansión de la alegría* contiene todos los elementos que constituyen en una novela la completa revelación de humanidad. La obra ha sido discutida como sátira social, y parangonada, á este respecto, con la famosa *Vanity fair* de Thackeray. A mi ver, se comete error al considerarla en ese aspecto, por lo menos como su aspecto principal. «Edith Wharton —ha dicho una compatriota suya, Aline Gorren,— tiene todas las penetraciones y todas las piedades.» Su pensamiento ha estado en contacto frecuente con las tendencias de cierto epicureísmo moderno, cuyo representante más conspicuo es Anatole France, y, si no se ha contagiado de escepticismo, tampoco cree en la eficacia de las sátiras violentas. En *La mansión de la alegría* ha descrito la vida de una mujer, sin plena conciencia de sí misma, en un medio social defectuoso, con la misma aparente *imparcialidad* con que han descrito situaciones (no casos) semejantes, Ibsen, en *Hedda Gabler*, y Henri Becque, en *Les corbeaux* y *La parisienne*. Muchas veces, sin romper el propósito de serenidad, ha denunciado aquí y allí, en trazos de enérgico realismo, vicios y deformidades. Y sin duda, la vida y la dolorosa muerte de Lily Bart, cuyo natural instinto virtuoso la conserva pura en medio de errores y calumnias, son símbolos de protesta contra la tiranía social. La

lección de este libro no es una sátira contra la sociedad inconsciente, sino un salmo en honor de la sinceridad, única virtud que guía hacia la libertad verdadera y el desarrollo pleno de la individualidad. Esta enseñanza la descubre Selden, que antes la había proclamado comprendiéndola á medias, ante el cuerpo inerte de la mujer á quien no supo «amar sin análisis.»

Por las elevadas tendencias y los vastos horizontes que forman su trama ideal, por el hondo interés humano del argumento, por el estudio psicológico y social de los personajes y del medio, por la habilidad de la factura y la insuperable pureza del

estilo, *La mansión de la alegría* es obra maestra. ¿Será, como piensan algunos críticos, la obra maestra de la novela norteamericana, superior, por tanto, á las producciones de Howells y Henry James? Las comparaciones son inútiles: pero, por mi parte, encuentro en esta novela de Edith Wharton más intensidad de vida que en las de Howells y más simpática *humanidad* que en las de James, aunque en punto á factura y psicología sean quizá más perfectas las de estos maestros. Por lo demás, á ésta, como á toda obra de arte, le basta con su propia excelstitud.

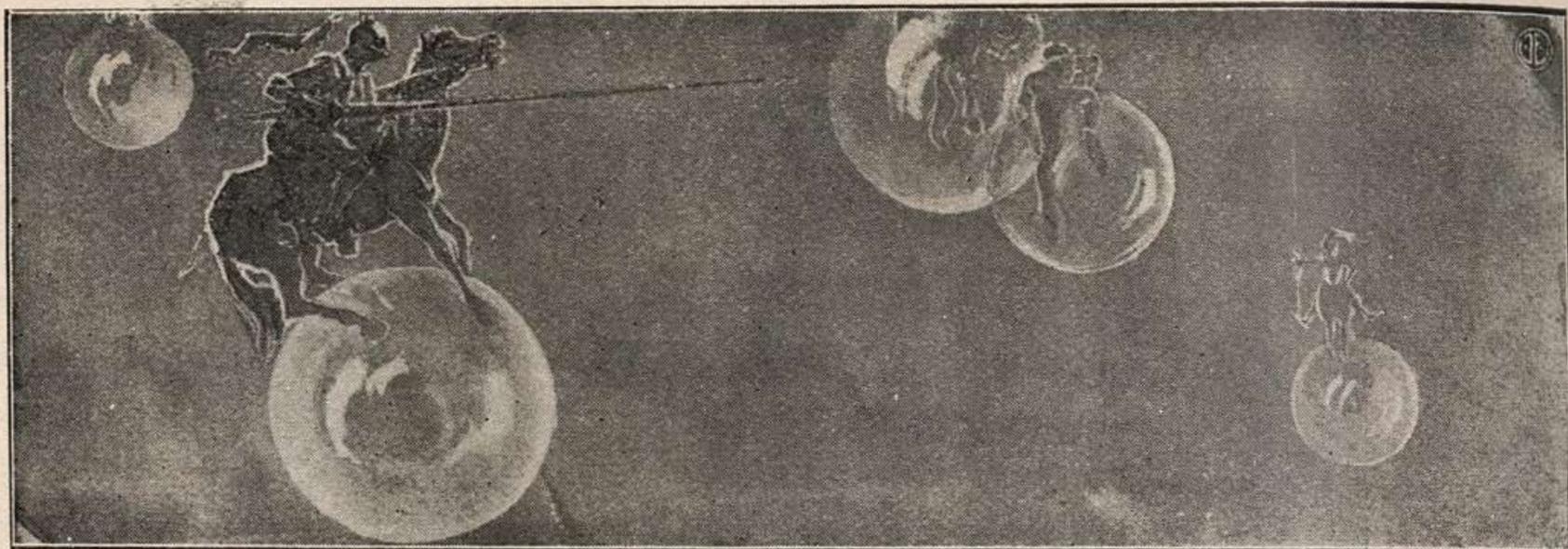
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.



MATRIMONIO SIERRA - AVEIRO.



Sra. Maclovia A. de Sierra.



RECUERDOS DEL MARBLEHEAD.

A bordo del cañonero «Marblehead,» de la marina de los Estados Unidos, y en pleno mar libre (á seis millas del puerto de San José), firmábase el 20 de julio, 20 minutos después del mediodía, una paz decorosa entre Guatemala, El Salvador y Honduras, las dos primeras en abierta hostilidad desde el día 11, y Honduras solamente apercebida para entrar en combate, á pesar de la declaración del estado de guerra.

El 18, al toque de diana, había comenzado el armisticio entre los beligerantes, conseguido por los buenos oficios de los presidentes Díaz y Roosevelt, en momentos en que, á lo largo de la frontera de Guatemala, escalonábase un ejército de hasta cuarenta mil hombres, cuyas tropas habían invadido los territorios de Honduras y El Salvador, y el pequeño pueblo salvadoreño, acudiendo desde los más lejanos puntos de su país, traspasaba las lindes guatemaltecas.

De las manifestaciones que siguieron á la celebración del Tratado, conservo algunos rasgos inolvidables.

En la cámara del «Marblehead,» y en torno de la mesa, estaban de pie y con la copa de champagne en alto, delegados y mediadores. Retengo de los brindis que se pronunciaron, esta frase de Mr. William Laurence Merry, Ministro de los Estados Unidos cerca de los Gobiernos de Costa Rica, El Salvador y Nicaragua. Es una frase lapidaria por su sencillez, un lingote de oro puro que arrancó de su pecho aquel sajón simpático, para hacer valiosa dádiva á los concurrentes.

Dijo, extendiendo los brazos hacia todos, en amplio ademán de fraternidad y sonriendo en medio de sus grises patillas: «Bendita sea la paz hecha de buena fe.»

Otra memoria es la mirada del Capitán Mr. R. F. Mulligan, cuyos ojos brillaban inundados de lágrimas, como lucen los joyeles cuajados de diamantes.

No se había contentado con agasajar cortésmente á sus huéspedes, sino que había demostrado vivo interés por el buen éxito de la Conferencia; y al firmarse la paz, se había regocijado igual que si fuese patriótico hijo de uno de los estados beligerantes.

A bordo del buque se balanceaba un bote esperando á los delegados guatemaltecos, que, como era de rigor, desembarcaron los primeros. Era un enviado de paz aquel bote blanco que se agitaba con tan violentas sacudidas, como impaciente de conducir la buena nueva. A poco se alejó al impulso rítmico de sus diez remos, en medio de los quince disparos lanzados por uno de los cañones de proa.

Llevaban los delegados guatemaltecos, mensajes congratulatorios para los Presidentes Díaz y Roosevelt, estos dos hombres fuertes y buenos, que saben por experiencia lo que la paz vale, y que no sin cierta ansiedad esperarían la noticia desde el Palacio Nacional de México y Casa Blanca de Washington. Llevaban también los delegados, despachos para los beligerantes que de allí á un momento depondrían las armas, y eran portadores, por último, de un telegrama para el Presidente de la Conferencia de Río Janeiro, cuyos miembros se alborozarían de aspirar, en la primera de sus sesiones, los efluvios de un fresco ramo de oliva.

Después de los delegados de Guatemala, debíamos ser conducidos al puerto, el Sr. D. Federico Gamboa, Ministro de México en las repúblicas de Centro América, y yo, y finalmente, el Ministro de los Estados Unidos en Guatemala y Honduras, y su Secretario.

El Sr. Gamboa mostraba encontrarse satisfecho; en la mirada de sus ojos grandes, que ven larga y lealmente, y en la expresión de su noble rostro, pálido y extenuado.

A mí me llenaba la dicha de que mi patria hubiera ayudado de manera tan eficaz á aquel arreglo.

Nos despedimos de Mr. Merry, del Capitán y de los delegados salvadoreños, estrechándonos la mano con efusión recíproca; cruzamos el puente en medio de la tropa enfilada que presentó armas, y llegando al portalón, descendimos por la escala, sobre cuyos últimos peldaños el mar extendía sus verdes tapices.

Después de un instante estábamos en el bote, desde cuya popa enviábamos saludos á nuestros amigos de á bordo.

En seguida. . . .

En seguida izaron en el palo mayor del cañonero nuestro pabellón, que subió hasta el remate ondeando triunfalmente, sacudiéndose con arrogantes estremecimientos de ala, recibiendo el humo de la pólvora, que es el incienso de que están sus pliegues saturados; allá en lo alto flotaba nuestra enseña, se columpiaba nuestra águila entre el cielo y el mar, abriendo las alas con las plumas erizadas de orgullo al oír la salva de cañonazos cuyo ruido que le evocaba sus victorias hacía que le palpitara con fuerza el noble corazón.

Nosotros estábamos de pie en la popa de nuestro bote, con el sombrero en la mano, á la mayor altura de nuestro brazo; los bogas reposaban sus brazos atléticos manteniendo los remos al aire; nuestra pequeña embarcación, abandonada, se balanceaba mecida por el océano, y á bordo del «Marblehead» se oían las voces de mando que precedían á cada cañonazo, y los hurras de los tripulantes que tomaban parte en aquel homenaje, porque nutren el mismo amor por la insignia de las barras y las estrellas.

A mí me había galvanizado la emoción en el sitio donde me hallaba de pie, y sentía una suprema horripilación, cuya electrici-

dad me llegaba hasta las vértebras y el cráneo.

Después del último grito del cañón, arriaron nuestra bandera de la altura donde flameaba el viento, la cual descendió con la majestad del sol que tramonta, y la altiva águila azteca se abatió sobre el casco blanco del buque que se mecía sobre el Pacífico; aquella misma águila brava y tutelar que hace siglos se posó en el rocalloso islote de la laguna legendaria.

Del lado de tierra se veía la costa fértil y verde, rematada por los conos de los volcanes azules, y bajo la gloria del cielo empapado de sol, recordé la frase de Mr. Merry: «Bendita sea la paz hecha de buena fe,» deseando en el fondo de mi corazón, que esta blanca deidad prodigara sus dones en este suelo de Centro América de hermosura paradisiaca.

Guatemala, julio de 1906.

EFRÉN REBOLLEDO.

(«La República.»)





LIBROS NUEVOS.

Alma América.—José Santos Chocano.—Poemas indo-españoles. Madrid. Librería General de Victoriano Suárez. 1906.

Opulento, valioso y pesado como el galión antiguo que colmaba las arcas de los Felipes con el oro virgen de la Nueva España, es el pingüe tributo que gentilmente presenta ahora el poeta peruano, José Santos Chocano, en la patria de Cervantes. Y ciertamente que el tributo es digno de un rey, y digno también del descendiente de los incas, cuya fastuosidad demuestra que todavía son fundo en sus dominios las minas de Potosí, á juzgar por la peregrina magnificencia que ostenta «Alma América,» bella y suntusa como una esclava salomónica, de carnes morenas como la Zulamita del Cantar de los Cantares, y en cuyos rebeldes cabellos impusieron óleos crismales los dedos pontificales de Unamuno, mientras Menéndez Pelayo la contempla con regocijada sonrisa, y Rubén Darío requiere su clarín para saludarla con una diana triunfal.

Trae el libro, una dedicatoria fragante para Alfonso XIII, y hasta en esa genuflexión cortesana, la virgen criolla, acusa su ancestral altivez; no pide, en cambio de los pensiles tesoros que ofrenda, sino *apenas una sarta de cuentas de cristal*, co-

mo sus abuelos en los tiempos homéricos de la conquista; y se sienta por derecho propio en los escaños de la realeza, ya que tras las plumas de avestruz que lleva en la sien, oye latir el golpe ardiente de su sangre, también real.

En estos tiempos de las literaturas polares y de las literaturas amarillas, cuando crujen los tórculos con la eclosión de tantos exotismos bizarros, de tantas elegancias imbéciles que exhiben sucio el cuello de la camisa, de tantas perversidades inocentes y de refinamientos tan sutiles que se pierden de vista; en estos tiempos en que se sirve el Ibis sacro trufado de truchas americanas, truculento manjar que devoran los pseudo-iniciados con adoraciones herméticas de culto oriental, bueno es purificar los ojos en la contemplación de las cumbres andinas que se copian con toda la pureza de su relieve en las rimas especulares de Chocano; en las mañanas casi paradisiacas que allí esplenden, en las rosas que allí cantan una glorificadora sinfonia de matices; en las llanuras de sus pampas que allí desarrollan su amplitud en una cálida sucesión de cuadros, ricos de luz y de color.

Porque «Alma América» tiene acres perfumes de selva, frescas sonoridades de

rio, bravas explosiones de volcán. Y es un deleite sentarse junto á los troncos de sus árboles musicales, aspirar el alma de sus flores, comulgar con su naturaleza vernácula, mientras se advierte la hierba chafada por la pata del rinoceronte, ó el lomo sinuoso de un hipopótamo que se refocila en los légamos tibios, ó la armadura de un caimán que centellea sobre la superficie de un río. Y cuando se fatigan los ojos deslumbrados por los fuegos solares rutilantes en las nieves perpetuas, ó por los iris policromos que se multiplican en las cascadas turbulentas, podemos vigorizarlos en los magnos tapices heroicos, llenos de las figuras de los conquistadores rapaces, y de la majestad indígena inmovilizada en el bronce de las rimas, con los gestos trágicos de su destino.

En la fuerza evocadora de las estrofas, como al milagro de un conjuro, se sacuden el polvo de los siglos y se ponen de pie, lo mismo el fausto virreinal que los esplendores incaicos. Dificilmente se desvanece la sombra de ese gran pasado muerto, que se antoja envuelto en mortajas de oro, como la raza de los atridas, é impregnado de un capitoso perfume, como las momias faraónicas, en las vitrinas que le ha fabricado el poeta, con el cristal de roca de sus versos.

Como el autor de «Cantos de Vida y Esperanza,» que ha esmaltado la heráldica figura de un cisne en el campo de azul de su blasón, Chocano ha aprisionado la amplia envergadura del condor, en los acerados lambrequines de su broquel. Y la elección nos parece feliz; grandes puntos de contacto existen en la vigorosa inspiración, en la anchura de las ideas de poderoso vuelo, en el altivo arranque de las metáforas incrustradas en esos versos de sangre y médula, con el enorme pájaro andino y caudal, de fuerza aquilina, para reinar sobre los horizontes vastos, y cla-

var su nidal bravío junto al Sol, en los palacios de mármol de las nieves andinas.

Que toda la grandeza está por fuera, dice Unamuno, y qué, ¿acaso ese exterior no se mueve, no sufre, no se agita, sacudido por un soplo de vida, y de una vida ultrapotente? ¿No se oye sonar, por ventura, la frase numismática de Cuauhtémoc en el tormento, ó el monosílabo soberbio de Cuaupolicán en el suplicio, y no es sangre vital la que chorrea de las cercenadas cabezas de Gonzalo y Carbajal? . . .

«Alma América» marca un rumbo bien definido á la poesía americana, dice el eminente D. José Enrique Rodó, y creemos que es este el mejor homenaje que pueda ofrecérsele á Chocano; por nuestra parte, no lo encontramos hiperbólico, y en consideración á la alteza del esfuerzo, toleramos á su autor sus reformas gramaticales; creemos en su amor por España, demasiado exagerado para que sea sincero; disimulamos la monotonía de su «Evangelizada,» dicho sea con permiso del Sr. Unamuno, y sus efectismos, algunos más estruendosos que el Tequendama; y hasta le perdonamos, en fin, no que crea en Dios, sino que lo diga con tanta solemnidad frente á este hemisferio todavía creyente, á pesar del protoplasma.

Y no olvidemos hacer constar, antes de terminar este artículo, que «Alma América» está esmaltada por Juan Gris, con grabados arcaicos en su mayor parte, de mates perfiles y sobria factura, con finos relieves de camafeos esculpidos en sardonio.

El poeta del Perú, lleva en la frente la gloria de un laurel cortado por el panida Daría; más resaltaré su trazo de lanza sobre la hoja de encina que le enviamos.

Leyenda.—ANTONIO DE ZAYAS. Madrid, 1906. Para los que siguen de cerca el movimiento de la literatura en España, todavía hace poco anquilosado en el cepo académico, asfixiado bajo el uniforme secu-

lar de la sujeción intransigente, y petrificándose como una momia en los casilleros numerados de la tradición; para los que han recorrido con pensativo paso el melancólico jardín de Juan R. Jiménez, esfumado en crepúsculos de ensueño como un paisaje de Rusignol, internándose un poco en la senda por donde van los dos Machados, uno con la mirada tan hondamente clavada en las cosas de la Naturaleza y de la Vida, y el otro —verleniano al decir de un crítico— revolucionando con tan perfecto arte los viejos moldes de la métrica castellana; para los que han sentido, en fin, los vitales perfumes con que han renovado el aire estacado de una cripta abandonada, los turibulos que agitan Pérez de Ayala y Villaespesa, González Blanco y Pujol, no es un hallazgo encontrar á un poeta como á Antonio de Zayas, decorativo, musical y diverso, con felinas flexibilidades de ejecución, apto para iluminar la vidriera de una catedral gótica, al modo de un fraile de Bizancio, como para florecer el metal de un relicario; lo mismo para cincelar el pomo de una espada, como el divino Benvenuto, que para componer una copla á la manera de un juglar; enamorado del decir antiguo y de las ideas modernas, del pensamiento de antaño y de la indumentaria de ogaño, de criterio amplio, más revolucionario que el del más anárquico de nuestros modernistas, y muy artista, muy siglo de oro y muy español en su visión.

En el gayo hablar de Gonzalo de Berceo y de Jorge Manrique, nos endulza los labios con la miel de un madrigal, acaricia la oreja con el trino de una cantiga, adormece el alma con el tierno arroyo de una endecha. Quevédicas crudezas y sutilidades gongorinas, pone de Zayas en la mayor parte de sus admirables retratos; así en el de «Fernando Cortés,» un tanto falseado en su reconocida crueldad histó-

rica; en el del «Arcipreste de Hita,» el célebre Juan Ruiz, de rostro sensual y corazón alegre, á *chanzas de amor dispuesto*; en el del gran «Lope,» que proyecta la sombra inmensa de su figura sobre el viejo Corral de la Pacheca; en el de «Tirso,» el penetrante psicólogo femenino desde antes que se inventara el nombre, que si llevaba en los ojos flechas de sagitario, también aguzaba en su alma endiablados ingenios de celestina y malignas curiosidades de confesor pecaminoso; y para no citar más, cerraremos la serie con la casi legendaria silueta de «Santillana,» el preclaro Marqués que vacía la savia de su pura y vieja sangre española —sangre generosa de ricolhome, pródiga de sí misma en justas é fazañas— en los diáfanos alejandrinos de Antonio de Zayas, que parecen combarse en ánforas lacrimatorias, para recibir el magno espíritu que *fizo á ninguno mal y á muchos fizo bien*, como dice este verso, con el enérgico relieve de un exergo sobre una medalla.

Con la unción amorosa del enfermo que ya convaleciente contempla el ex-voto que llevará el retablo del altar, se inclina la frente sobre las páginas de este libro; una especie de místico arrobamiento sugieren sus rojas iniciales de breviarío en el principio de los versos, que ascienden como si fueran oraciones, oraciones fúnebres, sí, por la muerta grandeza de esa España que se incorpora rediviva, encarnada en sus poetas de oro y sus héroes de hierro, bajo el soplo de resurrección de esta «Leyenda» mágica, cuya lectura remueve en el fondo de nuestro sér, esos persistentes sedimentos de veneración hacia todas las cosas augustas ya desaparecidas, y despierta en nuestro corazón, misteriosas y atávicas resonancias con el ensueño siempre flotante en la belleza inefable de las rimas.

RAFAEL LÓPEZ.



Florenca.—San Pedro Mártir.—Beato Angélico.

DR. GILDARDO A. SERRANO

MÉDICO CIRUJANO Y PARTERO

DE LA ESCUELA NACIONAL DE MEDICINA DE MEXICO.



HORAS DE CONSULTA:

DE 9 A 12 Y DE 3 A 6 P. M.

Calle de la Garrapata Número 8

bujos antiguos, la obra casi completa de Steinlen, uno de los más estimados de la era pasada. No los cambiaré por oro ni por plata.

De dónde sales, Hipólito? Se te dice que nuestra sociedad está fundada sobre la supresión total de la propiedad individual, y tú te figuras que esa supresión se extiende á los bienes muebles y á los objetos usuales. Pero, hombre simple, la propiedad individual que totalmente hemos suprimido, es la propiedad de los medios de producción, suelo, canales, caminos, minas, material, instrumentos, etc. No es la propiedad de una lámpara ó de un sillón. Lo que hemos destruido es la posibilidad de desviar en provecho de un individuo ó de un grupo de individuos los frutos del trabajo; no es la natural é inocente posesión de las cosas amigas que nos rodean.

Morin me expuso en seguida la repartición de los trabajos intelectuales y manuales sobre todos los miembros de la comunidad, según sus aptitudes.

—La sociedad colectivista, agregó, no difiere solamente de la sociedad capitalista, en que en la primera todo el mundo trabaja. Durante la era pasada, las gentes que no trabajaban eran numerosas; sin embargo, eran la minoría. Nuestra sociedad difiere, sobre todo, de la precedente, en que en ésta, el trabajo no estaba coordinado y que hacía muchas cosas inútiles. Los obreros producían sin orden, sin método, sin concierto. Había en las ciudades una multitud de funcionarios, de magistrados, de mercaderes, de empleados, que trabajaban sin producir. Había soldados. El fruto del trabajo no estaba bien repartido. Las aduanas y las tarifas que se establecían para remediar el mal, lo agravaban. Todo el mundo sufría. La producción y el consumo están hoy exactamente reglamentados. En fin, nuestra sociedad difiere de la antigua, en que todos nosotros gozamos de los beneficios de la máquina, cuyo uso en la edad capitalista era, á menudo, desastroso para los trabajadores.

Pregunté cómo había sido posible constituir una sociedad compuesta enteramente de obreros.

Morin me hizo notar que la aptitud del hombre al trabajo es general y que constituye uno de los caracteres esenciales de la raza.

—En los tiempos bárbaros y hasta á fines de la pasada era, los aristócratas y los ricos han manifestado siempre su preferencia por el trabajo manual. Han ejercitado poco su inteligencia y únicamente por excepción. Su gusto ha ido constantemente á ocupaciones tales como la caza y la guerra, donde el cuerpo tiene más parte que el espíritu. Montaban á caballo, conducían carruajes, tiraban esgrima y pistola. Puede decirse, pues, que trabajaban con sus manos. Su trabajo era estéril ó perjudicial, porque un prejuicio les prohibía todo trabajo útil ó bienhechor, y también porque en su tiempo, el trabajo útil se hacía casi siempre en condiciones innobles ó repulsivas. No ha sido muy difícil volver á poner el trabajo en honor y darle gusto por él á todo el mundo. Los hombres de las edades bárbaras se sentían orgullosos de llevar un sable ó un fusil. Los hombres de ahora sienten orgullo de manejar un azadón ó un martillo.

Hay en la humanidad un fondo que jamás cambia.

Habiéndome dicho Morin que se había perdido hasta el recuerdo de toda circulación monetaria:

—Cómo, le pregunté, á falta de numerario pueden Udes. operar sus transacciones?

—Cambiamos los productos por medio de bonos semejantes al que tú has recibido, camarada, y que corresponden á las horas de trabajo que hacemos. El valor de los productos se mide por la duración del trabajo que han costado. El pan, la carne, la cerveza, los vestidos, un aeroplano valen x horas, x días de trabajo. Sobre cada uno de esos bonos, que nos son entregados, la colectividad, ó como antes se decía, el Estado, retiene un cierto número de minutos para afectarlos á las obras improductivas, á las reservas alimenticias y metalúrgicas, á las casas de retiro y de salud, etc., etc.

—Y esos minutos, interrumpió Miguel,

van siempre creciendo. El Comité federal ordena demasiados grandes trabajos, cuya carga tenemos también. Las reservas son muy considerables. Los almacenes públicos están repletos de riquezas de toda especie. Son nuestros minutos de trabajo que duermen allí. Hay todavía muchos abusos.

—Sin duda, replicó Morin. Podría hacerse mejor. La riqueza de Europa, aumentada por el trabajo general y metódico, es inmensa.

Tenia curiosidad de saber si esas gentes no tenían por medida de trabajo más que el tiempo de efectuarlo, y si para la jornada del terracero ó del amasador de yeso valía la del químico ó la del cirujano. Lo pregunté ingenuamente.

—He allí una tonta pregunta, exclamó Perceval.

Pero el viejo Morin consintió en iluminarme.

—Todos los estudios, todas las investigaciones, todos los trabajos que concurren á hacer la vida mejor y más bella, son estimulados en nuestros talleres y en nuestros laboratorios. El Estado colectivista favorece los altos estudios. Estudiar es producir, puesto que no se produce sin estudio. El estudio, como el trabajo, da derecho á la existencia. Los que se consagran á largas y difíciles investigaciones, se aseguran por eso mismo una existencia pacífica y respetada. Un escultor hace en quince días la maqueta de una figura; pero ha trabajado cinco años para aprender á modelar. Y desde hace cinco años el Estado paga su maqueta. Un químico descubre en algunas horas las propiedades singulares de un cuerpo; pero ha invertido meses en aislar ese cuerpo y años enteros en hacerse capaz de una obra tal. Durante todo ese tiempo, ha vivido á expensas del Estado. Un cirujano extirpa un tumor en diez minutos; pero sólo después de quince años de estudios y de práctica. He allí quince años en los cuales recibió bonos del Estado. Todo hombre que da en un mes, en una hora, en algunos minutos el producto del trabajo de su vida entera, no hace más que devolver de un golpe á

la colectividad, lo que había recibido cada día.

—Sin contar que nuestros grandes intelectuales, dijo Perceval, nuestros cirujanos, nuestros doctores, nuestros químicos saben muy bien aprovecharse de sus trabajos y de sus descubrimientos para acrecentar desmesuradamente sus placeres. Se hacen atribuir máquinas aéreas de sesenta caballos, palacios, jardines, parques inmensos. Son gentes, en su mayoría, muy codiciosas, para apoderarse de los bienes de la vida, y que llevan una existencia más espléndida y más abundante que los burgueses de la era pasada. Y lo peor es que muchos, entre ellos, son imbéciles, que deberían contratarse en los molinos, como Hipólito.

Yo saludé. Michel aprobó lo dicho por Perceval, y se quejó amargamente de la complacencia del Estado, en engordar químicos á expensas de los demás trabajadores.

Pregunté si el tráfico de bonos no traía consigo el alza y la baja.

—El tráfico de los bonos, me respondió Morin, está prohibido. De hecho, no puede impedirse absolutamente. Hay entre nosotros, como antes, pródigos, avaros, trabajadores y perezosos, ricos y pobres, dichosos y desgraciados, satisfechos y descontentos. Pero todo el mundo vive, y eso es ya alguna cosa.

Permanecí un instante pensativo, y luego:

—Señor Morin, al oír á Ud., me parece que Udes. han conseguido en lo posible la igualdad y la fraternidad. Pero temo que lo hayáis hecho á expensas de la libertad, que yo he amado como el mayor de los bienes.

Morin alzó los hombros.

—No hemos establecido la igualdad. No sabemos lo que es. Hemos asegurado la vida á todo el mundo. Hemos hecho del trabajo una cosa de honra. Después de eso, si el albañil se cree superior al poeta y el poeta al albañil, ese es asunto de ellos. Todos los trabajadores se imaginan que su género de trabajo es el primero del mundo. Hay en eso más ventajas que inconvenientes.

—Camarada Hipólito, tú pareces haber leído mucho los libros del siglo XIX, de la era pasada que ya no abre nadie; hablas su lenguaje que ya nos es extraño. No concebimos fácilmente hoy el que los antiguos amigos del pueblo hayan podido tomar por divisa: «*Libertad, Igualdad, Fraternidad.*» La libertad no puede estar en la sociedad, puesto que no está en la naturaleza. No hay animal libre. Antes se decía que un hombre era libre cuando no obedecía más que á las leyes. Era eso pueril. Se ha hecho, además, un uso tan extraño de la palabra libertad en los últimos tiempos de la anarquía capitalista, que esa palabra ha concluido por expresar únicamente la reivindicación de los privilegios. La idea de igualdad es menos razonable aún, y es enojosa, porque supone un falso ideal. No tenemos que averiguar si los hombres son iguales entre sí. Debemos velar porque cada uno de ellos pueda dar todo de lo que es capaz, y reciba todo lo que necesita. En cuanto á la fraternidad, bien sabemos cómo han tratado los hermanos á los hermanos durante siglos enteros. No decimos que los hombres sean malos. No decimos que sean buenos. Son lo que son. Pero viven en paz cuando no tienen causas por qué batirse. No tenemos más que una palabra para expresar nuestro orden social. Decimos que estamos en armonía. Y es cierto que ahora todas las fuerzas humanas obran de concierto.

—En los siglos, le dije, que nos llaman la era pasada, se prefería poseer á gozar. Y concibo que al revés, Udes. amen más gozar que poseer. Pero no les es á Udes. penoso carecer de bienes que legar á sus hijos?

—En los tiempos capitalistas, replicó vivamente Morin, cuántos hombres dejaban una herencia? Uno entre mil, uno por diez mil. Sin contar que innumerables generaciones no conocieron la libertad de testar. Como quiera que sea, la transmisión de la fortuna por vía de herencia, era perfectamente concebible cuando la familia existía. Pero ahora . . .

—Qué! exclamé, no viven Udes. en familia?

—Mi sorpresa que dejé ver, pareció cómica á la camarada Chéron.

—Sabemos, en efecto, me dijo, que el matrimonio subsiste entre los Cafres. Nosotros los europeos, no hacemos promesas, ó si las hacemos, la ley las ignora. Estimamos que el destino todo de un sér humano no puede depender de una palabra. Subsiste, sin embargo, un resto de las costumbres de la era antigua. Cuando una mujer se entrega, jura fidelidad sobre los cuernos de la luna. En realidad, ni el hombre ni la mujer se comprometen. Y no es raro que su unión dure tanto como la vida. Ni uno ni otro querrian ser objeto de una fidelidad guardada por juramento y no asegurada por conveniencias físicas y morales. No debemos nada á nadie. Antaño, un hombre persuadía á una mujer de que le pertenecía. Nosotros somos menos simples. Creemos que un sér humano no pertenece más que á sí mismo. Nos entregamos cuando queremos y á quien queremos.

Por otra parte, no nos avergonzamos de ceder al deseo. No somos hipócritas. Hace sólo cuatrocientos años, los hombres nada sabían de fisiología, y esa ignorancia era causa de grandes ilusiones y de crueles sorpresas. Hipólito, digan los Cafres lo que quieran, hay que subordinar la sociedad á la naturaleza, y no como se ha hecho tanto tiempo, la naturaleza á la sociedad.

Perceval apoyó las palabras de su camarada.

—Para demostrarte, agregó, cómo está arreglada la cuestión de los sexos en nuestra sociedad, te haré saber, Hipólito, que en muchos talleres el Agente de enganches no pregunta siquiera si es uno hombre ó mujer. El sexo de una persona no interesa á la colectividad.

—Pero, y los hijos?

—Qué tienen los hijos?

—No quedan abandonados al no haber familia?

—De dónde puede venirte semejante idea? El amor maternal es un instinto muy fuerte en la mujer. En la detestable sociedad pasada, se veía á las madres arrostrar la ver-

güenza y la miseria para sustentar á sus hijos naturales. Porque los muestran exentos de vergüenza y de miseria, habrían de abandonar á sus pequeños? Hay entre nosotros muchas buenas compañeras y muchas buenas madres. Pero el número es muy grande, y aumenta cada vez más, de mujeres que se pasan de los hombres.

Chéron hizo á este propósito una observación bastante extraña.

—Tenemos, dijo, sobre los caracteres sexuales, nociones que no suponía la simplicidad bárbara de los hombres de la era pasada. De que hay dos sexos, y de que no hay más que dos, se sacaron, durante mucho tiempo, falsas consecuencias. Se concluyó, que una mujer es absolutamente mujer, y un hombre es absolutamente hombre. La realidad no es esa; hay mujeres que son muy mujeres y mujeres que lo son poco. Esas diferencias antes disimuladas, antes por el traje y el género de vida, enmascaradas por el prejuicio, aparecen claramente en nuestra sociedad. No es eso todo, se acentúan y se hacen más sensibles á cada generación. Desde que las mujeres trabajan como los hombres, obran y piensan como los hombres, se ven muchas que se parecen á los hombres. Llegaremos, tal vez, un día á crear neutros, á hacer obreras, como se dice de las abejas. Será una gran ventaja: se podrá aumentar el trabajo sin aumentar la población de una manera desproporcionada, con los bienes necesarios. Tenemos igualmente los déficit y los excesos de nacimientos.

Dí las gracias á Perceval y á Chéron por haberme informado bondadosamente sobre un asunto tan interesante, y pregunté si la instrucción no era descuidada en la sociedad colectivista, si había aún una ciencia especulativa y artes liberales.

He aquí lo que el viejo Morin me contestó:

—La instrucción en todos los grados, está muy desarrollada. Todos los camaradas saben alguna cosa; no saben lo mismo y no han aprendido nada inútil. Ya no se pierde el tiempo en estudiar derecho y teología.

Cada quien toma de las artes y las ciencias lo que le conviene. Tenemos todavía muchas obras antiguas, aunque la mayor parte de los libros impresos de la era pasada hayan perecido. Aún se imprimen libros, se imprimen más que nunca. Sin embargo, la tipografía tiende á desaparecer. Será reemplazada por la fonografía. Ya los poetas y los novelistas se editan fonográficamente, y se ha imaginado para la publicación de piezas de teatro, una combinación muy ingeniosa del fono y del cinemato, que reproduce juntamente la voz y la acción de los actores.

—Tenéis poetas y autores dramáticos?

—No solamente tenemos poetas, sino que tenemos una poesía. Hemos sido los primeros en limitar los dominios de la poesía. Antes de nosotros, se expresaban en verso muchas ideas que hubieran estado mejor en prosa. Se rimaban las relaciones. Era una persistencia de los tiempos en que se redactaban en lenguaje medido las disposiciones legislativas y las recetas de economía rural. Ahora, los poetas no dicen más que cosas delicadas que no tienen sentido, y su gramática, su lengua, les pertenecen, así como sus ritmos, sus asonancias y sus aliteraciones. En cuanto á nuestro teatro, es casi exclusivamente lírico. Un conocimiento exacto de la realidad y una vida sin violencia, nos han hecho casi indiferentes al drama y á la tragedia. La unificación de las clases y la igualdad de los sexos, le han quitado á la vieja comedia casi todo su material. Pero nunca la música ha sido tan bella y tan amada. Admiramos, sobre todo, la sonata y la sinfonía.

Nuestra sociedad es muy favorable á las artes del dibujo. Muchos prejuicios que perjudicaban á la pintura, han desaparecido. Nuestra vida es más clara y más bella que la vida burguesa, y tenemos un vivo sentimiento de la forma. La escultura es más floreciente aún que la pintura, desde que se ha asociado inteligentemente á la decoración de los palacios públicos y de las habitaciones privadas. Jamás se había hecho tanto por la inteligencia del arte. Si conduces algunos minutos solamente tu aereopla-

no sobre una de nuestras calles, te sorprenderá el número de escuelas y museos.

—En fin, pregunté, son Udes. dichosos? Morin movió la cabeza.

—No está en la naturaleza humana el disfrutar de una dicha completa. No se es dichoso sin esfuerzo, y todo esfuerzo implica fatiga y sufrimiento. Hemos hecho la vida soportable para todos. Algo es algo. Nuestros descendientes harán más, pues nuestra organización no es inmutable. Hace solamente cincuenta años, era diferente de lo que es ahora. Y los observadores sutiles creen notar que vamos hacia grandes cambios. Puede ser. Pero los progresos de la civilización humana, serán en lo futuro armoniosos y pacíficos.

—No temen Udes., por el contrario, le pregunté, que esta civilización de que parecen tan satisfechos, sea destruida por alguna invasión de bárbaros? Quedan todavía, me han dicho Udes., en Asia y en África, grandes pueblos negros y amarillos que no han entrado en el concierto de Uds. Tienen ejércitos de que Udes. carecen, Si Udes. fueran atacados. . . .

—Nuestra defensa está asegurada. Sólo los americanos y los austriacos podrían luchar contra nosotros, pues tienen igual sabiduría. Pero el Océano nos separa y la comunidad de los intereses nos asegura su amistad. En cuanto á los negros capitalistas, están todavía con los cañones de acero con las armas de fuego y toda la vieja ferreteria del siglo XX. Qué podrían esas viejas máquinas contra una descarga de rayos Y? Nuestras fronteras están defendidas por la electricidad. Reina alrededor de la federación una zona de rayos. Un hombrecillo con anteojos está sentado, no sé dónde, frente á un teclado.—Es nuestro único soldado. No tiene más que poner el dedo sobre una tecla para pulverizar un ejército de quinientos mil hombres.

Morin vaciló un momento. Después prosiguió con voz más lenta:

—Si nuestra civilización estuviera amenazada, no sería por los enemigos de afuera. Sería por los enemigos de adentro.

—Existen, pues? —

—Hay anarquistas. Son numerosos, inteligentes, llenos de ardor. Nuestros químicos, nuestros profesores de ciencias y de letras son casi todos anarquistas. Atribuyen á la reglamentación del trabajo y de los productos, la mayor parte de los males que afligen aún á la sociedad. Pretenden que la humanidad no será dichosa sino en estado de armonía espontánea, que nacerá de la destrucción total de la sociedad. Son peligrosos. Y más lo serian si los reprimiéramos. Pero carecemos de los medios y de los deseos. No tenemos ningún poder de represión y estamos contentos. En las edades bárbaras, los hombres se hacían grandes ilusiones sobre la eficacia de las penas. Nuestros padres han suprimido todo el orden judicial. No tenían ya necesidad de él. Suprimiendo la propiedad privada, han suprimido el robo y la estafa. Desde que llevamos defensas eléctricas, los atentados contra las personas no son de temer. El hombre ha llegado á ser respetable para el hombre. Aún se cometen crímenes pasionales, siempre se cometerán. . . . Sin embargo, esta especie de crímenes, cuando son impunes, se hacen más raros. Todo nuestro cuerpo judicial se compone de «prud'hommes» electos, que juzgan gratuitamente las contravenciones y los litigios.

Me levanté, y dando las gracias á mis compañeros por su benevolencia, le pedí á Morin el favor de hacerle una última pregunta.

—No tenéis ya religión?

—Al contrario, tenemos un gran número y algunas bastante nuevas. Para no hablar sino de Francia, tenemos la religión de la humanidad, el positivismo, el cristianismo y el espiritismo. En ciertas comarcas, aún hay católicos, pero poco numerosos y divididos en muchas sectas á causa de los cismas que se produjeron en el siglo XX, cuando la Iglesia fué separada del Estado. Hace mucho tiempo que no hay Papa.

—Te equivocas, dijo Michel. Todavía hay un Papa. La casualidad me hizo conocerlo. Es Pio XXV, tintorero «via dell'Orso» en Roma.

—Cómo! exclamé, el Papa es tintorero?

—Qué hay en ello de sorprendente. Es necesario que tenga un oficio como todo el mundo.

—Pero y su Iglesia?

—Es reconocido por algunos millares de personas en Europa.

A estas palabras nos separamos. Michel me advirtió que encontraría un alojamiento en la vecindad, y que Chéron me conduciría al volver á su casa.

La noche estaba iluminada por una luz de ópalo, penetrante y dulce á un mismo tiempo. El follaje se brillantaba como un esmalte. Yo caminaba al lado de Chéron. La observaba. Su calzado plano prestaba solidez á su ademán y aplomo á su cuerpo, y aunque sus vestidos de hombre la hicieron aparecer más pequeña de lo que era, aunque tuviera una mano en la bolsa, su aspecto, aunque simple, no carecía de altivez; miraba libremente á derecha é izquierda. Era la primera mujer en quien yo veía ese aire de curiosidad tranquila, y de entretenida divagación. Sus rasgos, bajo la boina, tenían finura y acento. Me irritaba y á la vez me encantaba. Temí que me encontrara tonto y ridículo. Al menos era visible que yo le inspiraba una extremada indiferencia. Sin embargo, de pronto me preguntó cuál era mi oficio. Al azar contesté que era electricista.

—Yo también, me contestó.

Detuve prudentemente la conversación.

Raros sonidos llenaban el aire nocturno, con su ruido tranquilo y regular que yo escuchaba con pavor, como la respiración del genio monstruoso de ese mundo nuevo.

A medida que más la observaba, sentía por la electricista cierta inclinación avivada por algo de antipatía.

—Entonces le dije de pronto, Uds. han reglamentado científicamente el amor, y es un asunto que á nadie turba.

—Te engañas, me contestó. Sin duda ya no estamos en la furiosa imbecilidad de la antigua era, y el completo dominio de la fisiología humana está ya libertado de las barbaries legales y de los terrores teológi-

cos. Ya no nos formamos una falsa y cruel idea del deber. Pero las leyes que regulan la atracción de los cuerpos por los cuerpos, permanecen misteriosas para nosotros. El genio de la especie, es lo que ha sido y será siempre, violento y caprichoso. Hoy como antaño, el instinto es más fuerte que la razón. Nuestra superioridad sobre los antiguos, consiste menos en saberlo que en decirlo. Tenemos en nosotros una fuerza capaz de crear mundos, el deseo, y quieres que podamos reglamentarla. Es mucho pedirnos. Ya no somos bárbaros; pero no somos sabios aún. La colectividad ignora totalmente todo lo que concierne á las relaciones de los sexos. Esas relaciones son lo que pueden ser, tolerables las más veces, raramente deliciosas, á veces horribles. Pero no creas, camarada, que el amor no turbe á nadie.

Me era imposible discutir tan extrañas ideas. Llevé la conversación sobre el carácter de las mujeres, y Chéron llegó á decirme que habia tres especies: las amantes, las curiosas y las indiferentes. Le pregunté de qué especie era ella.

Me miró con altivez y me dijo:

—Hay muchas clases de hombres. En primer lugar los impertinentes. . . .

—Esa frase hizo que me pareciera mucho más contemporánea de lo que me había figurado, y por lo tanto, me dispuse á hablarle en el lenguaje que me era usual en semejantes ocasiones. Y después de muchas palabras fútiles y frívolas:

—Quiere Ud. concederme un favor? . . . dígame su nombre de pila.

—No tengo.

Y notó que eso me parecía falta de gracia, pues replicó algo picada.

—Te figuras que una mujer no pueda agradar más que si tiene un nombre de bautismo como las damas de antaño, Margarita, Teresa ó Juana?

—Ud. me prueba lo contrario.

Busqué su mirada y no la encontré. Parecía que no había oído. No podía dudarle, era coqueta. Yo estaba encantado. Le dije que me parecía encantadora, que la amaba

y se lo volví á decir. Me dejó hacerlo y luego me preguntó:

—Qué quiere decir eso?

Me insinué más.

Ella me lo reprochó.

—Esas son maneras de salvaje.

—Le disgusto á Ud.?

—No digo tanto.

—Chéron! Chéron! Le costaría á Ud. mucho ha. . . .

Nos sentamos sobre un banco sombreado por un olmo. Le tomé la mano, la llevé á mis labios. . . . De pronto no sentí, ni ví nada y me encontré acostado en mi lecho. Me froté los ojos que hería la luz matinal y reconocí á mi ayuda de cámara, que de pie ante mí, con el aire estúpido:

—Señor, son las nueve. El señor me ha dicho que lo despierte á las nueve. Vengo á decirle al señor que son las nueve.

VI.

Cuando Hipólito Dufresne hubo acabado su lectura, sus amigos le dirigieron las felicitaciones que eran del caso.

Nicolás Langelier, aplicándole las palabras de Cribias á Triephton:

—Pareces, le dijo, haber dormido sobre la piedra blanca, en medio del pueblo de los sueños, puesto que has tenido sueño tan largo durante una noche tan corta.

—No es probable, dijo José Leclerc, que el porvenir sea tal como lo habéis visto. Yo no deseo el advenimiento del socialismo; pero no lo temo. El colectivismo, en el poder sería muy distinto de lo que se imagina. Quien ha dicho, llevando su pensamiento á los tiempos de Constantino y de las primeras victorias de la Iglesia: «El cristianismo triunfa;» pero triunfa en las condiciones impuestas por la vida á todos los partidos políticos y religiosos. Todos, quienes sean, se transforman tan completamente en la lucha, que después de la victoria, no les queda de si mismos más que su nombre y algunos símbolos de su pensamiento perdido.

—Hay que renunciar, pues, á conocer el porvenir? preguntó el Sr. Goubin.

Pero Giacomo Boni, que excavando algunos pies de tierra había descendido de la época actual á la edad de piedra:

—En suma, la humanidad cambia poco, dijo. Lo que será es lo que fué.

—Sin duda, replicó Juan Boilly, el hombre ó lo que llamamos el hombre, cambia poco. Pertenece á una especie definida. La evolución de la especie está por fuerza comprendida en la definición de la especie. No lleva consigo infinitas metamorfosis. No se puede concebir la humanidad después de su transformación. Una especie transformada es una especie desaparecida. Pero qué razón tenemos para creer que el hombre es el término de la evolución de la vida sobre la tierra? Por qué suponer que su nacimiento ha agotado las fuerzas creadoras de la naturaleza, y que la madre universal de las floras y de las faunas, después de haberles formado, se vuelva para siempre estéril? Un filósofo naturalista, que no se espanta con su propio pensamiento, H. G. Wells, ha dicho: «El hombre no es final.» No, el hombre no es ni el principio ni el fin de la vida terrestre. Antes de él, sobre el globo, las formas animadas se multiplicaron en el fondo de los mares, en el limo de las playas, en las selvas, los lagos, las praderas y las montañas boscosas. Después de él, nuevas formas se desarrollan aún. Una raza futura, salida quizá de la nuestra, no teniendo tal vez con nosotros ningún lazo de origen, nos sucederá en el imperio del planeta. Esos nuevos genios de la tierra nos ignorarán ó nos despreciarán. Los monumentos de nuestras artes, si se descubren los vestigios, no tendrán sentido alguno para ellos. Dominadores futuros cuyo espíritu no podemos adivinar, así como el paleopiteco de los montes Siwalik, no pudo presentir el pensamiento de Aristóteles, de Newton y de Poincaré.

FIN



INDICE.

I	
Algunos franceses amigos que pasaban la primavera en Roma.....	5
II	
Galión.....	11
III	
Cuando Nicolás Langelier hubo finalizado su lectura.....	35
IV	
La sala era reducida y estaba tapizada con ahumado papel.....	47
V	
Por la puerta de cuerno ó por la puerta de marfil.....	58
VI	
Cuando Hipólito Dufresne hubo acabado su lectura.....	75

